



GEMA PEREZ

PRINCESA VENDIDA

MATRIMONIO DE CONVENIENCIA Y SIERVA
DEL PRÍNCIPE RICO Y PODEROSO



PRINCESA VENDIDA

Matrimonio de Conveniencia y Sierva del Príncipe Rico y Poderoso



Por **Gema Perez**

© Gema Perez 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Gema Perez.

Primera Edición.

Autora Best Seller en Fantasía Épica y Fantasía Oscura

Dedicado a;

Belén, por ser mi magia durante muchos años.

Guillem, por reforzar mi pasión por la escritura y la fantasía.

[Haz click aquí](#)

**para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir
libros gratis**

Estoy en una habitación oscura, donde todo es iluminado pobremente por dos antorchas de madera rústica, con llamas vibrantes que yacen a los lados, a pesar de su fulgor la habitación en la que me encuentro es tan grande y penumbrosa que las antorchas solo iluminan mi cuerpo.

Mis pies están descalzos sobre la piel de una bestia, es suave y no tengo miedo, acaricio la textura con mis dedos, en mis manos llevo un cáliz plateado con joyas incrustadas, su contenido es espeso del color de la brea, con un olor a uvas y cedros, me tiento a probarlo pero no lo hago, el olor es tan dulce y pesado que me repugna, en cambio lo subo a la altura del fuego conjurando su fuerza milenaria y lo vierto sobre mi cuello, va corriendo lento por mi pecho, descubro que estoy desnuda pero no siento vergüenza, el líquido así cubre mis senos y como una serpiente va siseando hasta llegar a mi ombligo, es tibio y me eriza la piel, baja hasta el borde de mi pelvis.

Alguien me observa con deseo, la oscuridad no me releva su rostro, sin embargo vislumbro unos ojos brillantes y sedientos como los de un depredador. Yo estoy indefensa, pero por alguna razón no tengo miedo.

La boba luz del sol que apenas se asoma en el horizonte logra colarse entre las hendiduras de las cortinas hasta aterrizar en mi rostro. Despierto, estoy sudando y no tengo aire en los pulmones, un cosquilleo baja por mi vientre y siento los calambres correr como electricidad por mis muslos.

Tomo aire, jadeo y respiro hondo, mi garganta está seca, limpio el sudor de mi frente pero aún mi espalda está empapada, llevo mi mano por debajo de mi bata hasta palpar mi sexo, está tibio y húmedo, me siento ansiosa y cansada al mismo tiempo, quiero alcanzar esa sensación una vez más y poder apreciarla totalmente despierta.

—¡Buenos días Princesa Clarissa! —exclama la criada al abrir la puerta de mi habitación.

Lleva un pequeño carro con una bandeja de frutas, otra de quesos y rebanadas de pan. Me estremezco, retiro la mano de mi entrepierna y me siento en la cama.

—Odette ¿Cuántas veces te he dicho que no entres sin tocar?

—¡Oh! Perdóneme señorita —dice cabizbaja.

—No pasa nada Odette —me muevo hasta el borde de la cama y me levanto, le sonrío, Odette siempre ha sido muy torpe pero su cariño es incondicional.

—Recuerde que hoy tiene su lección de literatura con el profesor Lynch —volteo los ojos, tomo una rodaja de pan y me tiro de nuevo en la cama.

—Pues precisamente hoy me siento algo... Indispuesta —me estiro y bostezo, muerdo el trozo de pan, descubro el sabor del orégano, mi favorito.

—Vamos señorita, sabe que su Alteza el Rey Oblion paga gran cantidad de dinero para que tenga la mejor educación, además... —se acerca hasta la cama y se sienta en el borde, agacha la cabeza, baja la voz como si estuviera apunto de decirme un gran secreto.

—El señor Lynch me ha pedido que le preparara una canasta con el pan de orégano que tanto le gusta, uvas, una tarta y... —mira a los lados para asegurarse que nadie entre a la habitación—. Una botella de vino de Tierra Santa —dice con los ojos abiertos de la sorpresa. Reímos, Odette cubre su boca con modestia.

—¿Qué planeará el profesor Lynch para la lección de hoy? —le pregunto sarcástica.

—Me ha dicho que le tiene una sorpresa, quizás un día de picnic en el jardín.

—Pues que así sea Odette, quizás con una copa de vino y un buen postre pueda soportar al pesado de Homero —reímos.

Me levanto de la cama y procedo a limpiarme. Me sumerjo en la bañera de madera, con una esponja estrujo mi piel y bajo hasta mi pelvis, mis piernas y muslos empiezan a temblar involuntariamente cuando recuerdo ese tenebroso y excitante sueño.

Procedo a vestirme con la ayuda de mi criada, entre las dos elegimos un vestido azul turquesa con armador, tiene flores blancas bordadas por toda la falda, ella cepilla mi cabello rojizo hacia atrás, me hace dos pequeñas trenzas que se unen detrás de mi cabeza y bajan hasta la espalda, coloca pequeñas margaritas para decorar.

Me miro al espejo de la peinadora, me veo inmaculada, demasiado arreglada para mi gusto, pero no quiero herir los sentimientos de Odette, quien puso mucho empeño en este peinado, así que simplemente le sonrío.

Se retira, me siento al lado del ventanal a esperar la llegada del

profesor Lynch, a lo lejos escucho el galope de un caballo, me emociono, es él quien se baja de su corcel negro para caminar entre el jardín de crisantemos hasta el umbral del palacio. Sube su vista hasta mi habitación, me agacho, espero que no me haya visto.

—Princesa Clarissa, su profesor ya está aquí —me avisa Odette.

Salgo de la habitación, trato de no parecer emocionada o nerviosa, bajo las escaleras hasta el recibidor, ahí está él, escoltado por dos caballeros.

—Buenos días su Majestad, dichosos son los ojos que la ven —dice mientras yo bajo las escaleras.

Sus ojos, rasgados y negros brillan y se fijan en los míos, su cabello es corto y castaño claro, no parece el tipo de hombre que se peina pero no necesita mucho para verse arreglado, lleva un bigote grueso pero bien recortado y siempre luce la sombra de la barba. Hace una reverencia solemne, le acerco mi mano para que la bese, el beso es corto y tímido.

Caminamos hacia el jardín trasero del palacio, donde están los jardines de frutos rojos, la primavera nos regala la fragancia de los cerezos, la luz del sol es vibrante pero amable y a lo lejos se escuchaba el zumbido de las abejas y alguna que otra ave cantora, es una tarde de ensueño, pero yo no estoy exactamente relajada, más bien ansiosa.

—¿Y a qué se debe este paseo por el jardín.

—Pues señorita Clarissa, como usted ha sido una estudiante excepcional estoy seguro que encontrará tediosos los métodos de educación convencionales.

—¿A qué se refiera? Sus clases siempre han sido espléndidas profesor.

—Princesa, no tiene que engañar a nadie, la vi bostezando cuando la semana pasada leíamos la *Íliada*, y lo entiendo, una mente tan joven como la suya merece estímulos, emociones, por eso he organizado este pequeño paseo... Espero que su padre el Rey de Mersalias no se entere.

Me sonrojo, Lynch ha tenido la osadía de sacarme del salón de estudios sabiendo las posibles consecuencias, la última vez que di un paseo con un hombre que no fuera mi padre era en mi clase de botánica con el sacerdote Hemming, un viejo regordete que usaba unas gafas gigantes.

Caminamos por todo el borde de piedras del jardín, no puedo evitar sonreír, trato de que no note lo emocionada que estoy. Mis manos tiemblan un

poco y siento escalofríos recorriendo mi espalda con cada paso que doy a su lado, aunque no hemos salido del castillo jamás había estado sola con alguien como él, mis padres son tan celosos y sobreprotectores, supongo que los asuntos de la guerra los tienen demasiado ocupados para prestarme atención.

El patio trasero está bordeado por un muro de piedras de un metro y medio por donde crece la hiedra, es mucho menos que una muralla, pero se debe a que el palacio de Belicia no fue construido con propósitos bélicos, sino como una casa vacacional en el medio de la pradera más recóndita del reino. Escapar del palacio hacia el bosque saltando el pequeño muro siempre me había parecido tentador, pero tenía prohibido siquiera salir más allá de los jardines.

—Estoy seguro que ya debe conocer cada rincón de este lugar.

—Es un palacio muy grande, de hecho.

—Y usted tiene mucho tiempo libre, de hecho.

Nos encontramos con una sección del muro deteriorada, derrumbada por el tiempo, las piedras están desparramadas por todo el suelo y se puede observar a unos metros de distancia un túnel natural creado por los árboles, son verdosos y se mueven con la brisa primaveral. Una voz inexistente me llama a descubrir qué hay al final del túnel. Me acerco a las ruinas y observo el camino, la dulzura del aire me hechiza.

—¿Su Alteza quisiera caminar en el bosque?

—No lo tengo permitido —le respondo.

—Será un corto paseo, no se preocupe. No la delataré...

Caminamos y el mundo después del muro es tan diferente, los insectos hacen un zumbido que al principio me parece insoportable, el chillido de aves desconocidas me asusta, pero luego de unos minutos todos los animales suenan armoniosamente, las cigarras chirrían, los grillos baten sus patas, los pájaros cantan en su idioma secreto, los carpinteros abren hoyos en los árboles. El bosque funciona como la mejor orquesta. Caminamos, en busca de un claro para sentarnos a disfrutar de la merienda que Odette nos había preparado.

—¿Qué le parece si hacemos un ejercicio? Yo usaré diferentes recursos literarios y usted deberá identificarlos.

—¡El bosque es verde como una esmeralda! —dice al mismo tiempo que daba vueltas con los brazos abiertos.

—Pues fácil, es un símil —sonríó.

—Muy bien señorita, siguiente... Eres la mujer más hermosa que ha nacido en toda la historia del reino de Mersalias.

—¡Una Hipérbole! —me sonrojo.

Lynch se ríe, se acerca a mi, está a 20 centímetros de mi rostro, lo miro y seguro nota que mi cara parece un tomate.

—¡Correcto! —me dice en voz baja, se queda en silencio y con una mirada profunda y contemplativa repasa mi rostro.

—En su rostro yacen dos ópalos azules tallados por los orfebres del cielo, su cabeza contiene finos hilos de oro bañados con lluvia de rubíes, sus mejillas, sus mejillas tienen todas las estrellas del espacio en diminutos puntitos cafés, su sonrisa cura toda la desdicha de este reino y su cuerpo, princesa, su cuerpo es el misterio y la respuesta a su vez, su belleza haría celar a Afrodita, a Era y hasta a Helena la de los ojos de perra, usted es una mujer por la que cualquier hombre empezaría la guerra más sanguinaria de la historia.

Estoy paralizada frente a él, mi corazón late tan rápido que siento las pulsaciones en mis sienes y en todo mi cuerpo, en mi pecho pareciera que miles de colores brillantes explotaran. Me quedo sin palabras mirándolo frente a mí, pone su mano sobre mi hombro y con su dedo índice acaricia un mechón de pelo que cae en mi frente, roza mis cejas y baja hasta mis labios, ahí se detiene unos segundos.

—Y la respuesta es...

—¿Ah? —estoy perdida, no lo escuché si quiera, siento como si el tiempo y el espacio se hayan paralizado y sus palabras construyeron un nuevo mundo donde solo existíamos él y yo y ese minuto en un bucle.

—La respuesta Princesa ¿Qué recursos literarios he usado?

Vuelvo a la realidad, estoy en el bosque con un hombre, un hombre agradable y atractivo pero un hombre del que sé prácticamente nada, estoy en el medio del bosque con un extraño que tiene sus manos posadas en mis hombros. Me alejo, le doy la espalda, el mundo imaginario se rompe.

—Metáforas. Has usado metáforas y símiles creo.

—Correcto, es tan inteligente —se acerca de nuevo, vuelve a tomarme por los

hombros, quito sus manos.

—No debemos estar aquí, todo esto ha sido una idea muy estúpida.

—No lo entiendo, Solo estamos aprendiendo, de una manera diferente.

—No, no le creo nada Profesor Lynch, toda ese cuento de que soy brillante, que necesito estímulos para mi mente ¡Todo es una tonta excusa! Usted ha querido llevarme a un lugar solitario para aprovecharse de mí ¿Es que acaso no tiene sentido común?

—Princesa, cálmese —Toma mis hombros de nuevo—. Sería incapaz de hacerle algo que no desee —bajo la cara.

—¿Está usted bien? —levanto mi rostro, lo miro, le respondo que sí moviendo mi cabeza.

Su mirada cálida, la manera tan sutil en que habla, sus gestos sencillos, de todo su ser emana un aura de honestidad que encuentro agradable y magnética. Lo miro, le creo, no sé si seré una ingenua pero confío en él. Lo abrazo.

Me rodea con sus brazos, poso mi cabeza sobre su pecho, puedo sentir su corazón agitado, como si estuviera tan asustado como yo, con su dedo roza mi quijada y me levanta la cara. Lo miro, se me escapa una sonrisa, una de sosiego. La luz de la tarde de abril se cuele entre las hojas de los pinos creando miles de rayos amarillos que nos rodean, me besa la frente.

—Creo que en el castillo se deben estar preguntado por nosotros, si le parece bien podemos terminar la lección en el jardín de crisantemos.

—Me parece que ya he aprendido suficiente de recursos literarios por hoy —digo con una pizca de sarcasmo.

—Lo entiendo ¿Entonces le gustaría disfrutar de esta merienda en el palacio?

—Perfecto —me sonrío, le sonrío, nos miramos por unos segundos, se ríe, era el momento perfecto para besarnos y lo dejé ir.

—Después de usted su Majestad —alarga su brazo como un gesto de cortesía, hace una pequeña reverencia.

Llegamos al palacio y todo seguía igual, al parecer nadie había notado nuestra ausencia, son tiempos turbios para el reino, gran parte de los caballeros está resguardando el castillo de Mersalias, mientras yo estoy oculta desde hace

meses en el palacio de Belicia, uno de las regiones más alejadas del reino.

De vuelta en el jardín invitamos a Odette a que nos acompañe a merendar, después de todo sabía que se habían esmerado mucho en preparar la tarta de cerezas y estaba deliciosa como de costumbre.

Cae el sol, es hora de que Lynch parta, monta su caballo y lo veo cabalgar entre los colores brillantes de los crisantemos, de vuelta en mi habitación la emoción me desborda, me tiro de cara en la cama y grito sobre la almohada.

Tomo una hoja y una pluma, trato de recordar sus palabras para así registrarlas y que jamás las olvide “Ojos de esmeralda, tallados por la joyería del cielo”, lo tacho. No recuerdo sus palabras exactas, ojala me hubiera entregado una carta, la atesoraría por siempre.

Me miro al espejo, trato de descubrir qué ha visto en mí, mi cabello es pelirrojo y marañoso como el de mi padre, las pecas de mi cara siempre me han disgustado, sin embargo él me considera una mujer hermosa, tan hermosa que ha sido capaz de arriesgar su trabajo, su reputación, y hasta su vida por estar a solas conmigo.

—Oh Lynch, si no fuera una princesa, sería tuya —pienso.

Todo está mal con esta idea, es tan disparatada que me llena de ansiedad, no solo estaba jugando con su futuro sino con el mío ¿Qué diría mi madre? Estaría tan avergonzada y decepcionada de mí que me enviaría al calabozo o a un convento como castigo.

Pero la emoción de todo esto llena mi vida de un nuevo sentido, es tan arriesgado y tentador, cada vez que se acerca a mi tiene tanto cuidado y sutileza, como si fuera una muñeca de porcelana muy frágil que se rompería con un rasguño. No puedo olvidarme de él aunque es lo que debería hacer ¡Simplemente no puedo! Mi corazón estalla, siento ríos fluorescente desbordarse en mis venas, me siento más viva que nunca y no pienso dejar ir esta emoción.

Mi pequeña expedición con Lynch me dejó hambrienta de más, los días pasan lento en el palacio donde ya no encuentro nada que hacer para consumir el tiempo, no tengo permitido ir a la ópera, ya he leído todos los libros que Lynch me había asignado, tengo prohibido cabalgar más allá de los jardines del palacio.

Me siento encarcelada y sin oxígeno esperando con ansias la nueva

lección de literatura. Todas las mañanas al levantarme trato de reconstruir el poema de Lynch frente al espejo y se ha vuelto inevitable recordar sus palabras cada vez que peino mi cabello “Hilos de oro bañados en rubí”.

Cada vez que descubro mis ojos en un espejo o un cristal “Diamantes azules”. Cuando tomo un baño y enjabono mis curvas “Tu cuerpo es un misterio”. Su voz vive en mí como un eco, como si me hablara desde un abismo al cual no tengo miedo de lanzarme.

Es una tarde convencional en el salón de estudios cuando Lynch y yo estamos leyendo La Odisea. Bajo la mesa yo rozo su pantorrilla con mi pie, él aparta la mirada del libro para observarme, sigue leyendo y subo hasta su entrepierna, me quito la zapatilla, empiezo a masajear su pene sobre el pantalón con mi pie, siento su dureza. Me arriesgo más y con mi mano palpo su sexo.

Lynch se muerde los labios, me quita la mano y se pone de rodillas, abre mis piernas y mete su cabeza en mi falda, hice bien en no ponerme ropa interior, con su lengua explora mi vulva, la besa y hace círculos en mi clítoris, yo contengo los gemidos para que no nos descubran, Introduce dos dedos en mi vagina, me estremezco.

Quiero gritar, las piernas empiezan a temblarme, él mueve sus dedos hacia arriba al mismo tiempo que succiona mi clítoris. No puedo más y me corro en su boca. Despierto, todo ha sido un sueño, estoy llena de fluidos en mi cama una vez más, espero no haber hecho tanto ruido mientras soñaba.

Al fin llega el jueves, el día que nos veríamos para una nueva lección, Odette me ayuda a vestirme una vez más.

—Señorita ¿Qué le parece si usa el vestido verde? —me sugiere.

—Pues... Hoy me provoca usar algo más ligero Odette —me mira confundida.

—Sí, creo que usaré este.

Saco un vestido púrpura sin armador, Odette está consternada.

—No creo que su alteza la Reina le permita usar eso.

—Yo no la veo cerca ¿Tú sí?

Odette accede y me ayuda a colocarme el vestido, es uno que tengo desde hace varios años y me queda corto, dejando ver mis tobillos y hasta el borde de mis

rodillas.

—¿Podrías ajustarlo atrás? —le pido a Odette.

—¡Pero si ya se ve hermosa! —me miro en el espejo. Encuentro que mis atributos no se distinguen.

—Vamos Odette, un pequeño jalón —tira las cintas de la espalda del vestido — ¡Mas fuerte!

La diferencia es notable, ahora resaltan mis pechos a través del escote, mi cintura está definida y mis caderas listas para sentir sus manos aferrárseles.

—¡Buen día su Majestad! Luce usted tan radiante como de costumbre —dice el profesor.

Baja su cabeza para hacer una reverencia, aún así puedo ver que lleva una sonrisa, una que no muestra los dientes pero hace que se formen dos hoyuelos en sus mejillas, está viendo mis piernas atónito. Me acerco hasta él, toma mi mano con delicadeza y apoya sus labios para darme un beso.

—Buenos días profesor Lynch —le respondo con una sonrisa. Nuestras miradas conectan como nunca antes había sucedido, éramos cómplices de un crimen pero debíamos mantener la compostura.

Sin necesidad de decir una palabra ambos caminamos alrededor del patio hasta casualmente toparnos con las ruinas del muro. Nos adentramos en el túnel verde sin pensarlo dos veces. Apenas nos alejamos un poco del castillo Lynch me detiene.

—Princesa le tengo una sorpresa, pero debe cerrar los ojos —me sorprende, cierro los ojos como una niña.

—No puede hacer trampa.

—No lo haré lo prometo —río un poco.

—No, no confío en usted señorita —dice con un tono burlón y saca del bolsillo de su traje una venda negra y la amarra sobre mis ojos.

La tela gruesa no me permite ver absolutamente nada, me río de nuevo pero esta vez de nervios, Lynch toma mi mano y me guía por el bosque, estoy a su merced, si quisiera secuestrarme y entregarme a unos bándalos esta sería su oportunidad, he sido demasiado inocente, podría estar peligrando. Estoy temblando, sé que puede notarlos, pero no dice nada. La curiosidad no me

permite revelarme contra él, quiero saber hasta donde llegará esta locura.

—¿A donde vamos profesor Lynch?

—¡Ya le he dicho que es una sorpresa!

Caminamos varios metros, trato de encontrar pistas en los sonidos y olores, puedo sentir el aire más fresco y húmedo, la tierra comienza a sentirse espesa, y ya no escucho a las cigarras del bosque.

—¡Hemos llegado!

Me quita la venda para revelar un paisaje de ensueño, estamos a orillas de una laguna cristalina donde florecen las margaritas y los dientes de león, el sol refleja todo su brillo en el agua convirtiéndola en un espejo, la brisa sopla cálida, a lo lejos veo tres cisnes flotando en la superficie y hundiendo su cuello en el agua para alimentarse de las plantas acuáticas.

—¡Qué hermoso Lynch! Jamás había venido a este lugar.

—He descubierto este ojo de agua en un viejo mapa del reino de Mersalias. Es una joya escondida entre el bosque de Belicia, tal como usted —me sonrío, nos quedamos unos segundos contemplando el paisaje en silencio.

—¿Y dígame qué tiene que ver la laguna con la lección de hoy?

Me mira a los ojos, no dice nada, me toma de las manos.

—Su Majestad, no tengo idea.

—¿A qué se refiere?

—Hoy la lección no es sobre la palabra o la lírica, hoy quisiera que la lección sea sobre nosotros.

—Pero... No lo entiendo profesor.

—No tiene que entender nada hoy... En este día no será necesario que piense ni analice mis enseñanzas, hoy solo quiero que sienta —bajo la cabeza y sonrío, estoy realmente apenada.

—¡Mire este paisaje Majestad! ¿No le parece abrumadoramente hermoso?

—Sí, lo es.

—Pues ya he aprendido algo de usted, le gusta la naturaleza tanto como a mí.

Tendemos una manta sobre la orilla de la laguna para sentarnos, nos quitamos

los zapatos, puedo sentir el césped caliente entre mis dedos.

—Majestad, siento que aunque hayamos pasado meses aprendiendo sobre grandes obras y novelas y hayamos invertido horas leyendo y conversando, no la conozco más allá de sus preferencias por la poesía y la tarta de cereza. Me encantaría que me hablara de usted.

—Está bien profesor, pero primero le ruego que me tutee- Nos reímos.

—Está bien, lo intentaré.

—Mi nombre es Olya Clarissa Eleanora Ephiranthus en honor a mi abuela, la reina Olya III, nací en el palacio de Acremound —me interrumpe.

—No Clarissa, todas esas cosas ya las sé, es lo que los historiadores escriben en los libros, quiero saber de ti, de tus sueños, tus deseos, tus pesadillas, quiero conocer a la chica que se esconde en los grandes vestidos, no a la chica que posa horas frente a un pintor. Quiero conocer a la Clarissa real.

—Toda mi vida la he vivido bajo las reglas y los parámetros de mis padres, he aprendido a tocar violín y piano porque así lo ha hecho mi madre en su juventud, estoy segura que mi abuela también ¿Lo disfruté? Pienso que sí, pero lo disfruté solo porque era lo que esperaban de mí.

—¿No es agotador siempre tener que complacer a alguien más?

—Lo es, pero es lo que he hecho toda mi vida, tratar de honrar a mi familia y al reino.

—¿Y si no tuvieras el peso de la corona sobre tus hombros, qué te gustaría hacer?

—Pues, me encantaría... —lo miro, lo único que pienso es que me gustaría que se abalanzara sobre mí y que me besara hasta que el día se convierta en noche y nuevamente en día—. Me encantaría viajar más allá del reino y coleccionar recuerdos.

—Suena a que serías una excelente escritora o cartógrafa.

—Yo solo quiero ser libre Lynch, o al menos sentirme libre, como me siento en este momento, es todo lo que deseo... ¿Y qué hay sobre ti? ¿Quién es el hombre detrás de los libros?

—Yo nací en el campo bajo el nombre de Vinicius Lynch, fui sobresaliente en el internado de Odrenburg y me gané una beca para estudiar en la capital, me

gradué en la Academia de Mersalias con condecoraciones y así pude obtener el mejor trabajo del mundo —sonríe, yo estoy algo confundida.

—¿Cuál?

—Expandir la mente de una joven y hermosa princesa —Le da un golpecito a mi nariz.

—¿Y cuando termines tu trabajo qué piensas hacer?

—Pues tengo planeado tomar un barco hasta las Islas Peregrinas. Es una tierra hermosa, llena de playas ricas en perlas y grandes cascadas y ríos...

Me acuesto en la manta y lo escucho, aunque no estoy prestando atención a sus palabras sino a la manera en que describe y gesticula, cómo sus ojos brillan al hablar de ese lugar y con sus manos hace mímicas de lo que creo que son animales o lugareños.

Al terminar su historia le respondo con una sonrisa sin más, podría estar horas escuchándolo hablar de cualquier cosa, o sin hablar de nada, estar a su lado ya es suficientemente agradable.

La luz del sol calienta mi rostro, tengo que entrecerrar mis ojos, hasta que los cierro completamente, respiro profundo, el aire tiene un olor tan diferente a las viejas paredes del castillo, respiro hasta poder sentir el olor de Lynch quien está sentado a mi lado, puedo sentir todavía una estela de un perfume de cuero y aceite de roble sobre la fragancia natural de su piel, es un aroma que altera mis sentidos y me hace suspirar. Siento que se levanta, pero no abro los ojos aún, estoy adormecida en este nuevo mundo de sensaciones.

—¿No quieres venir a darte un chapuzón Clarissa?

Me levanto, abro los ojos, me quedo sin aliento. Lynch está parado sobre la orilla de la laguna con nada más que su traje de nacimiento, toda la ropa está tirada en la tierra.

Sus hombros parecen la pared de un fuerte, su espalda es firme y amplia como una muralla que termina en dos apretadas nalgas, sus piernas son gruesas y sus pantorrillas definidas. Me sonrojo, la sangre bombea fuerte, me inunda la cabeza, me mareo un poco y siento un cosquilleo en zonas donde no sabía que podía sentir tal cosa, cubro mis ojos con las manos y me río.

—¡Lynch! —digo apenada. Él se ríe y lo escucho chapotear en el agua.

—Vamos Clarissa, el agua está tibia ¡Ven a refrescarte!

Me levanto y me acerco a la orilla, está jugando en la laguna como un niño, el agua le llega hasta el pecho, puedo ver sus pectorales y el vello que nace ligeramente en el medio de ellos. Toco el agua con mis pies, no mentía, se siente muy agradable. Me siento en la orilla donde crece el césped verde, sumerjo mis tobillos en el agua, puedo ver cómo algunos pececillos dorados se acercan a ellos y me hacen cosquillas.

—Ya he roto tantas reglas de decencia ¿Por qué no ir por todo de una buena vez? —pienso.

—¿No vas a entrar? —grita Lynch desde el medio de la laguna, sigue jugando, se sumerge varias veces y sale expulsado a la superficie agitando su cabeza como un monstruo— ¡Argh! No te voy a comer te lo prometo —me río, porque eso es justo lo que quiero que haga.

—¡Me mojaré toda la ropa y nos descubrirán profesor!

—¿Y por qué crees que me estoy bañando desnudo? ¿Acaso crees que andar en las lagunas desnudándome frente a señoritas es mi pasatiempo favorito? —no respondo, cubro mi boca con las manos pues estoy muy avergonzada.

—Juguemos algo ¿Qué te parece si mientras yo me sumerjo tú te cambias?

—Espero que pueda aguantar la respiración por más de un minuto.

—Y yo espero que tú puedas sacarte ese vestido con rapidez —me mira con una sonrisa retadora.

—¡Vamos por ello!

El profesor toma una bocanada de aire y se hunde en la laguna, yo procedo a desatar mi vestido, a los pocos segundos sale a la superficie.

—¡Oye, sin trampas! —suelta una carcajada.

Desamarrar mi vestido me toma unos cuantos segundos pues estaba muy apretado, no estoy segura de cuanto podrá resistir el profesor pero no creo que pueda más de dos minutos, me libero del blusón y de la ropa interior rápidamente, la brisa ahora se siente fría sobre mi piel.

El profesor aún se encuentra bajo el agua, camino hasta la laguna, el agua sigue tibia y me llega a los tobillos, debería entrar rápido hasta que la profundidad cubra mis pechos, pero me quedo estática, esperando que Lynch

necesite tomar oxígeno y me descubra y descifre por fin el secreto de mi piel.

Cada segundo parece durar una eternidad, aunque tengo frío no me cubro con mis brazos, dejo que el viento erice mi piel, siento cómo mis pezones se endurecen, no sé a donde ha ido mi pudor y en realidad no me importa. Este momento jamás se repetirá, no pienso desaprovecharlo, quiero ser ese misterio y respuesta del que él habla, quiero que este hombre desate una guerra por mí, quiero que me haga su posesión, quiero apoderarme de su mirada, su mente y de todo su ser.

Lynch no sale a tomar aire, me asusto por un momento y pienso que se ha ahogado, me adentro más en la laguna para asegurarme que está bien, de repente, sale desesperado tomando oxígeno entre jadeos y chapoteando agua, cuando se recupera me observa atónito, abre un poco su boca en señal de sorpresa.

Está mudo, le sonrío, estoy un poco más cerca de él, el agua roza mis muslos y yo subo los brazos y giro lentamente en mi propio eje. Dejo que detalle cada fragmento de mí, le muestro mis lunares como si fueran estrellas y constelaciones, sus ojos están enfrascados en mis pechos, después su mirada baja por mi estómago, es tan intensa que casi siento como si me rozara con la vista, está viendo mi pelvis, mis caderas y los escalofríos van trasladándose a cada parte que él observa, ahora se concentra en mi sexo, es rosado y pequeño, como una rosa a punto de florecer.

Me sumerjo completamente, abro los ojos bajo el agua y descubro que su pene está hinchado y tenso, como un animal submarino, tiene un poco de vello púbico grueso y enrulado, jamás había visto tal cosa, la anatomía masculina era algo que solo conocía por las estatuas de mármol y las pinturas, pero no imaginaba que ese órgano podía alcanzar tales proporciones.

Nado unos metros hacia él, salgo del agua y mi cabello húmedo ahora cubre mis pechos, me acerco un poco más. Lynch está sin palabras pero su mirada lo dice todo, está extasiado.

Me toma de las caderas con ambas manos y me acerca a su cuerpo, mi ombligo choca con su pene, él se enrojece, yo le sonrío tratando de demostrarle que no tengo problema alguno, que su desnudez no me incomoda, con mis brazos envuelvo su cuello, mi corazón late tan rápido y fuerte que puedo escucharlo retumbar entre el silencio de la pradera, acaricio su pecho con mi mano y la poso sobre su pectoral izquierdo, descubro que no soy la

única que está nerviosa pues su corazón está tan acelerado como el mío. Toma mi mano y la aparta de su pecho, la acaricia y la estira, hasta compararlas, sus manos son lisas y un poco más grandes que las mías, son las manos suaves de un hombre de letras, las cerramos.

Me jala y me acerca a su cuerpo, mis senos están presionados contra su pecho, roza su nariz por mi cuello, arqueo la espalda, él aspira con fuerza y va moviendo su cabeza por mis clavículas, besa mi hombro varias veces y me mira.

—Princesa.

—Profesor...

—Esto no debe ser.

—Esto es todo lo que quiero.

Me lanzo hacia él, lo beso, pruebo sus labios desesperada, no tengo experiencia en esto pero él va marcando el ritmo con sus labios gruesos, su respiración agitada me da cosquillas en todo el cuerpo, con mis piernas me aferro a él, pongo mis brazos entre su cuello, me toma de la espalda y me carga, soy más ligera bajo el agua.

Me besa lento y delicado cuando lo que quiero es que me devore entera, me va adecuando a su medida, introduce su lengua en mi boca, entra ahí como si hubiera estado preparándose por mucho tiempo, nuestras lenguas se conocen, su saliva sabe a vino y tabaco y a un elixir único del que me vuelvo adicta de inmediato.

Puedo sentir su miembro erecto rozando los labios de mi vagina. Estoy descontrolada, quiero sentirlo adentro de mí y voy moviendo mi pelvis para lograrlo, él se aleja, me suelta y quita mis piernas de su espalda.

—¿Qué pasa Lynch? —le digo confundida.

—No podemos Clarissa, no podemos hacer esto y lo sabes.

—No me importa Lynch, tú y yo lo queremos.

—Hemos ido demasiado lejos —dice con un tono preocupado —, lo siento.

—No tienes por qué disculparte, me has dado las tardes más hermosas de mi vida —mi voz se quiebra, él no lo nota pero mis ojos están a punto de soltar las lágrimas.

—Debes entregarle tu pureza a un gran hombre, un hombre que se la merezca.

—Tú eres un gran hombre Lynch.

—Gracias, pero es una mentira Princesa, no tengo un apellido ni un estirpe, jamás podré ofrecerte ni la quinta parte de lo que tus pretendientes te ofrecerán, no tengo castillos ni joyas en mi posesión.

—¡Y yo jamás podré sentir por ellos ni la quinta parte de lo que siento por ti!
—Digo enojada—. No tienes derecho a decirme lo que puedo o no puedo sentir.

—Clarissa, si descubren esto nos matarán a ambos.

—Al menos moriré con la certeza de que amé con todo mi ser.

—¿Me amas? —pregunta, yo guardo silencio—, eres demasiado joven para saber qué es amor.

—¿Y tú me amas Lynch? ¿Por qué otra razón arriesgarías tu vida de esta manera si no es por amor? —no dice palabra alguna.

Ambos hemos quedado expuestos en frente del otro, existe una atracción explícita que ha ido creciendo semana tras semana entre libros, historias fantásticas y poemas, un magnetismo tan fuerte que sobrepasa cualquier lógica. Ahora somos presa de nuestros deseos más profundos.

Salgo del agua, camino, lo hago con la cabeza en alto, la espalda arqueada y los pechos levantado, como la monarca que soy, aunque esté de espaldas sé que él me mira, que sus ojos se pierden entre mis curvas y mis glúteos, que está babeando de deseo por mí.

Me tiendo sobre la manta y dejo que el sol brillante seque mi cuerpo desnudo, él sigue en el agua, empieza a dar brazadas un rato y lo observo sin emoción, ahora quiero irme, no tengo idea de cuánto tiempo hemos pasado en esta aventura, pero me parece que el sol ha bajado comparado a cuando llegamos.

—¡Lynch, debemos irnos! —le grito.

—Un momento Clarissa —sigue dando brazadas.

Luego de algunos minutos sale del agua cubriendo sus partes íntimas, de repente ha vuelto su vergüenza. Yo ya me encuentro vestida, no hablamos en toda la caminata de vuelta.

Estamos a punto de llegar y tengo tantos sentimientos en mi cabeza que me mareo y me dan náuseas, por una parte estoy contenta, aún se me entumece el estómago y me emociona recordar lo que hicimos hace minutos, pero por otra parte no puedo evitar sentirme decepcionada y melancólica, quizás esta sea la última vez que de un paseo con mi profesor, no podré volver a la rutina del salón, las lecciones, los libros y los diagramas, jamás lo veré de la misma manera y sé que él a mi tampoco.

Aunque no haya pasado tanto tiempo nadando aún percibo el agua rebotando en mi cuerpo, de igual manera percibo sus labios contra los míos y un hormigueo me recorre el rostro.

Estamos a punto de llegar a los alrededores del palacio, nuestra separación parece inminente a causa del silencio que hemos acarreado. Antes de acceder al jardín trasero no puedo contenerme y le hablo.

—Gracias por esta experiencia.

—Yo soy el que debería estar agradecido —me mira conmovido por mis palabras.

Nos abrazamos, baja sus brazos hasta mi cadera, yo sostengo su espalda, no lo quiero soltar, no quiero dejarlo ir tan fácil. Me apoya contra un árbol y nuestros labios se reencuentran, nos besamos lenta y profundamente, esta vez soy yo quien con mi lengua exploro las texturas de toda su boca, con sus suaves labios va besando mi cuello mientras a momentos lo muerde con cuidado.

Estoy excitada, sus manos bajan y se van deslizado entre mi corto vestido. Lynch toma mis muslos, yo guío sus brazos y los muevo hasta mis nalgas. Se muerde los labios mientras las aprieta, gruñe. Junta su cuerpo contra el mío, siento su miembro erecto bajo su pantalón, aprieta más fuerte mis nalgas, puedo notar su frustración. Nos separamos una vez más pero esta vez será definitivo.

Cuando llegamos al jardín la tarde empieza a caer, Odette nos recibe preocupada, ella es; sin duda, una cómplice de esta locura. Si Lynch quiere llegar a su hogar antes del anochecer debe partir de inmediato, no hay momento para despedidas emotivas, sube a su caballo y cabalga rápido.

—¡Espere! —le grito. Él frena su caballo y lo voltea hacia mí.

—¿Podría traerme el poema del otro día en escrito?! —se detiene unos

segundos a pensar.

—¡Cuenta con eso su Majestad, hasta luego! —se aleja dejando una nube de polvo a su paso.

No me muevo hasta que mi vista lo pierde. Odette está a mi lado, voltea a verme, una lágrima corre por mi mejilla y a la vez llevo la sonrisa más pura y sincera de toda mi vida.

—¿Es un gran hombre no?

—Lo es Odette, Lo es.

—Debe tener sed majestad, con esa larga caminata que ha dado ¿Qué le parece un poco de jugo de melocotones?

—Creo que necesito algo más fuerte para la ocasión Odette.

Vamos hasta el comedor, la gran mesa cuadrada se encuentra vacía a esta hora, tomamos vino con algunos panecillos, el último resplandor del día brinda una luz pobre al gran salón, Odette enciende los candelabros. Todo está lleno de un brillo azul, ese brillo que anuncia la proximidad de una noche oscura. En mi mano dispongo de una copa de vino de Tierra Santa, le he pedido a Odette que me acompañe con la bebida pero ella ha desistido.

—Señorita Clarissa, no puede seguir haciendo esto, he tenido que inventarle una historia rebuscada a los guardias para justificar su larga ausencia.

—¿Qué les has dicho?

—Que has ido a tu clase de arte a retratar el paisaje —suelto una carcajada.

—Sabe que los guardias son tontos y no pueden distinguir entre un profesor de literatura y uno de arte...

—Estoy segura que el profesor Lynch también podría enseñar arte, él sabe sobre toda materia... Es un hombre tan culto —suspiro.

—Pero su madre la Reina Lorenza me dejó a cargo de su cuidado y me temo que está poniéndome las cosas algo difíciles —se lleva las manos a la frente en señal de preocupación.

—No te preocupes Odette. Me portaré a la altura de ahora en adelante.

Mi mirada se pierde en el vacío, en el fondo de la pared del comedor cuelga el cuadro de mi madre, la Reina Lorenza, lleva un pomposo traje negro con

detalles dorados, sus ojos marrones atraviesan la oscuridad de la habitación, parecen juzgarme. Me despido de Odette y me retiro a mi habitación.

Abro una de las ventanas, observo el bosque, cierro los ojos y respiro hondo, tratando de traer de vuelta los aromas de esta tarde. Me pregunto cómo reaccionaremos en la próxima sesión, si podrá recitarme los versos de los poetas griegos sin pensar en mi cuerpo agitándose contra el suyo dentro del agua, si podrá esconder su mirada en los libros para no perderse en los bordes de mi vestido o en la curva de mis pechos.

Me pregunto si podré concentrarme en sus palabras, y no pensar en su miembro erecto con esa cabeza roja que parecía un gran salmón bajo el agua. No creo que seamos capaces de ocultar nuestro deseo mutuo.

Me acuesto en la cama y abrazo mi almohada como si se tratara de Lynch, daría mi vida por tenerlo en este momento a mi lado y que no existiera el miedo ni las preocupaciones entre nosotros, quisiera vivir una vida más simple y llena de estas emociones que se me han negado, enamorarme, aventurarme, deshacerme entre los brazos de ese hombre sencillo, pero honesto.

Darí todo por pobrar su boca una vez más y sentir sus manos recorrer mi piel con su característica delicadeza, que besara todas las secciones de mi cuerpo y que escribiera un poema por cada una. Quisiera que sus manos me poseyeran, que tomara mi feminidad como si siempre le hubiera pertenecido y la lamiera como a una fruta dulce, daría mi título de la realeza por sentir su lengua recorrer mis piernas.

Estoy sola en mi habitación, Lynch no sale de mi cabeza, mis pezones están duros y resaltan entre mi bata, los acaricio como si fuera mi profesor quien lo hiciera. Me quito la ropa de dormir, tomo mis pezones y los aprieto suavemente, los pellizco hasta que el dolor se convierte en placer, como si fueran sus dientes los que me muerden.

Su recuerdo excita cada poro de mi piel, bajo las sábanas estoy húmeda, con mis dedos exploro mi clítoris y cierro los ojos imaginando que es Lynch quien me estimula, empiezo a sudar, arqueo mi espalda e introduzco mis otros dedos dentro de mi vagina al mismo tiempo, muerdo mis labios y sueño con el miembro de Lynch entrando y saliendo rápido de mis adentros, hundo mis dedos, lo imagino abalanzándose sobre mí y besando mi nuca.

Me pongo boca abajo, tomo una almohada, la ubico entre mis piernas y comienzo a restregarme contra ella, solo pienso que estoy encima de Lynch y que él lleva el ritmo con sus caderas, empieza lento y va acelerando poco a poco hasta volverse salvaje y frenético, los bordes de la almohada acarician los labios de mi vulva y mi clítoris, la embisto hasta el cansancio, lo siento venir, como un volcán a punto de estallar en mi vientre.

La visión se me nubla, rasguño las sábanas como si fueran su espalda, la electricidad fluye en mi cuerpo, me ahogo, cierro los ojos, de mi boca escapa un gemido fuerte y profundo y tengo que cubrirme contra el colchón para no hacer más ruido, estoy empapada de sudor, los fluidos de mi vulva corren por la sábana, me encuentro exhausta, mis piernas tiemblan un poco y siento espasmos dentro de mi vagina. Me acuesto como una estrella de mar, acaricio con delicadeza mi cuello y bajo hasta el borde de mis senos como estoy segura que lo haría él.

Esta vez la espera se alarga, Lynch ha faltado a la lección de esta semana y no ha enviado una carta para excusarse, le pregunto a Odette por él y no sabe nada, empiezo a pensar que está huyendo de mí. Entre más imposible se vuelve nuestro romance más lo deseo.

Quiero hundir mis uñas en su piel, que saboree mi carne y que entierre su lengua en mi vulva, que con ella me haga explotar de placer para después yo hacer lo mismo y con mis labios apresar su miembro. Añoro que nuestros cuerpos desnudos suden uno encima del otro y se fundan en un abrazo cálido donde su sexo sea la llave que liberará el éxtasis de mi ser.

Mi madre ha venido de sorpresa a visitarme al palacio. La abrazo y saludo con cariño, ella es demasiado frígida para responder a mis gestos de la misma manera, estoy acostumbrada a esta clase de amor duro. Quien de verdad ha sido una madre desde que nací es Odette, ambas lo sabemos y eso hace que nuestra relación siempre sea distante no importa lo que intente. A la hora de la cena me observa de reojo con su mirada juzgadora.

—Estás muy flaca Clarissa... ¡Odette! Por favor sirve un vaso de leche tibia. Tomarás un vaso de leche todos los días antes del almuerzo y al irte a la cama
—dice con un tono estricto.

—No estoy flaca, siempre he sido así madre y odio la leche tibia.

—Tus preferencias son irrelevantes Clarissa ¡Debes ganar peso ya! Porque un

hombre desea unas buenas curvas a su lado —me mira de arriba a abajo.

Odette trae la leche tibia y la sirve en una taza.

—Anda, tómala de una vez —ordena con su voz pasivo-agresiva.

Ingiero la bebida de sopetón. Me desagrada el sabor.

—Odette, sírvele más —la miro incrédula y con una cara de asco.

—¡Bébelo todo Clarissa! A ver si te empiezan a crecer las caderas —le hago caso,

Al día siguiente mi madre me levanta muy temprano en la mañana para atarme un corsé, lo aprieta hasta dejarme sin aliento, deberé usar esto todo el día de ahora en adelante para moldear mi cintura. Estaba acostumbrada a ajustarme los vestidos de vez en cuando para resaltar mi figura, pero esta prenda es de un cuero pesado que me lastima.

Me avisa que desde ahora prescindiré de las clases de literatura en orden de aprender cosas “más útiles”. Recibo lecciones de Katreniano por parte de un anciano de barba gris, es el idioma de nuestros enemigos, el reino de Katros. Todos estos cambios me parecen un mal presagio.

Una noche Odette me confiesa lo que ya es obvio, mis padres han arreglado mi boda con el Príncipe del pueblo bárbaro para terminar con la guerra. Paso toda la madrugada con insomnio, mirando al techo de mi habitación buscando en mi mente cada mirada, cada sonrisa, cada palabra de Lynch, recolectando mis recuerdos como el tesoro más sagrado.

Es un nuevo día, Odette entra en mi cuarto y saca una carta de uno de los bolsillos de su vestido, me la entrega en las manos y me susurra que es un mensaje secreto. Abro el sobre sellado, apenas veo la primera letra reconozco la caligrafía de mi profesor. Me emociono, mi corazón se acelera y me pongo nerviosa. Odette vigila la puerta mientras yo leo en voz alta.

“Princesa Clarissa, antes de adjuntarle el poema que me pidió hace tiempo en esta carta, debo confesarle que no he podido dejar de pensar en usted, se ha vuelto el norte de mi vida y cada día que no paso a su lado es la peor tortura que un hombre puede recibir. Por toda Mersalias se rumora una sola cosa, su boda con el Príncipe Aldem del reino de Katros que le dará fin a la guerra que ya lleva 3 años.

Los katrenses son conocidos por su brutalidad, temo mucho por su

futuro en esa tierra de hombres toscos. Puede que lo que le proponga a continuación parezca un sinsentido pero estoy dispuesto a ayudarla. Clarissa, escapémonos en un barco a las Islas Peregrinas, ya he hablado con un marinero y zarparemos en dos días.

Deberá salir de noche del palacio y yo la esperaré con mi caballo en la laguna escondida a partir de las 9:00 de la noche. Si me hace esperar más de 20 minutos entenderé que su decisión ha sido quedarse, en tal caso, le deseo la mayor de las suertes con el Príncipe Aldem. Rezaré para que la trate con la delicadeza que usted merece. Clarissa, pase lo que pase siempre la amaré y siempre recordaré su cuerpo...”.

Me detengo, Odette me mira sorprendida y temerosa. Leo el resto para mí.

“... su cuerpo desnudo rebosante de belleza cerca del mío y siempre estaré arrepentido de no haberle hecho el amor esa tarde, pero si usted lo desea, le prometo que cada noche la haré conocer las estrellas con mis manos, la llevaré al cielo con mi labios y la hundiré en el fuego ardiente del placer con cada parte de mi cuerpo.

Siempre tuyo.

Vinicius Lynch”.

Las lágrimas invaden mis ojos, empiezo a idear en mi mente un plan para escaparme con él. En eso mi madre entra a la habitación.

—Clarissa... Es hora de tu clase de Katreniano —nota mi cara de conmoción.

—¿Te encuentras bien?

—Sí madre, no pasa nada.

—Clarissa ¿Has estado llorando? ¿Qué tienes en las manos? —trata de quitarme la carta, forcejeo con ella, Odette se mantiene al margen de la lucha, al final se la entrego.

—¡Olya Clarissa Ephiranthus ¿Puedes explicarme esto?

No tengo escapatoria, le cuento toda la verdad entre lágrimas.

—Llamaré a los guardias para que procedan a su captura —rompe la carta en muchos pedazos—, es un hombre muerto.

—¡Madre! ¡Él no merece la muerte!

—Él merece algo peor, lo sé Clarissa. ¿Meterse con la Princesa de Mersalias? ¡Qué locura! A ese hombre le espera el infierno... Y en cuanto a ti —Me mira amenazante—. No saldrás de tu habitación hasta que te cases.

—¡Y tú! —voltea hacia Odette y la señala—, tú también recibirás tu castigo.

Se retira, da un portazo, escucho cómo tranca la cerradura con llave. Estoy devastada. Me tiro en mi cama y me hago un ovillo, el único recuerdo que podía conservar de Lynch me ha sido arrebatado, ahora, morirá y todo por mi culpa.

Pierdo la cuenta de los días que paso encerrada en mi habitación, pierdo la cuenta de los vasos de leche que he tomado. Mis ánimos están por el piso. La leche tibia y el corsé han modificado mi cuerpo, mis pechos están hinchados, mi cintura es diminuta y mis nalgas son más redondas.

Poco a poco la vieja Clarissa ha desaparecido, junto con la risa, la espontaneidad y la esperanza de amar y ser libre. No he vuelto a ver a Odette, una nueva sirvienta es la que se encarga de traerme la comida, no tiene permitido dirigirme la palabra. Mi madre me deja semanalmente varios libros de Katreniano y me exige memorizar y recitar distintos textos, si no lo hago bien amenaza con dejar de alimentarme.

Cada día es más terrible que el anterior y me hace desear estar casada con aquel Príncipe de los Bárbaros del que solo conozco el nombre. Aldem. Ocupo mi tiempo libre imaginándolo, su cara, su rostro, su personalidad. Todo es un misterio, solo espero que se parezca un poco a mi profesor Lynch.

He sido trasladada al palacio de Mersalias, eso significa que el día de mi boda ha llegado. En el castillo me recibe una gran celebración, una decena de músicos festejan mi llegada con canciones, Los sirvientes se acercan consintiéndome con mis platillos favoritos, tartaletas, faisanes, copas de vino, quesos y uvas entre otras exquisiteces, pero yo no tengo apetito.

Saludo a mi padre, está feliz de verme y me abraza, todos celebran y se dan un banquete. Me indican que mañana será la boda en la Catedral de Mersalias, paso el resto del día probándome el vestido mientras terminan de modificarlo a mi cuerpo.

Al final de la tarde vuelvo a mi antigua habitación, sigue intacta como la dejé hace algún tiempo y recuerdo los días lejanos en que era una niña y jugaba por el castillo con Odette, ella no estará conmigo en este día tan

importante, ha sido castigada por permitir mi aventura con Lynch, le han quitado su trabajo y pasará un tiempo indefinido en el calabozo por “traición a la corona”. Me enteré que le perdonaron la vida a Lynch, pero fue desterrado a la tundra de Himarest, donde los hombres no viven más de un año bajo el frío extremo.

A la mañana siguiente me despiertan 10 doncellas y 10 sirvientas listas para arreglarme para la boda, todas las mujeres del castillo han querido participar en este gran evento. Yo solo puedo estar nerviosa, no conozco a mi comprometido, jamás he visto sus ojos.

Luego de varias horas de preparación mi madre entra cuando ya estoy lista para subir el carruaje, Llevo un vestido blanco de seda con mangas largas y una cola de dos metros de largo, mi velo es de tul con flores bordadas de color dorado, en mi escote están cosidas 100 perlas marinas que recrean el contorno de miles de rosas.

Mi madre coloca una cadena con un ópalo azul en mi cuello, la miro a los ojos, está a punto de llorar, respira hondo y me sonríe, es demasiado orgullosa para permitirse un momento de vulnerabilidad. Me miro en el espejo, toco el ópalo, en mi mente resuena el verso de Lynch “Tus ojos son dos ópalos azules tallados por los orfebres de cielo”.

Estoy en el umbral del castillo, camino hacia el carruaje que me guiará hasta la catedral de la mano de mi padre, me ayuda a subir y cierra la puerta.

—Mi pequeña Clarissa —acaricia mi rostro.

—Padre ¿Cómo has podido venderme al Príncipe Aldem?

—Clarissa, ha sido la única solución a esta guerra interminable. Los katrenses estaban a punto de irrumpir en la ciudad y destruirlo todo, su ejercito es superior al nuestro. Debes sacrificarte por tu reino, por tu gente.

—Lo entiendo padre, pero a cambio debes prometerme algo. Debes librar de sus condenas a Odette y a Lynch.

—¡Já! ¡Eres toda una negociadora! Estratega como tu padre —pone la mano en su barbilla pensativo—. Está bien, tienes la palabra del Rey Obvlion.

—Gracias padre —aprieto su mano.

Cuando entramos a la iglesia una orquesta de 100 instrumentos nos reciben, violines, trompetas y flautas suenan estridentes con cada paso que doy, yo

camino serena, hace rato estaba al borde de un ataque de nervios, pero ahora confío en la palabra de mi padre quien me lleva por el salón.

He salvado a mi verdadero amor al entregarme a este falso, en mis manos llevo un bouquet de crisantemos, mis flores favoritas, los huelo y solo pienso en las tardes en Belicia, en el corcel negro de Lynch llegando al jardín, sonrío, no está a mi lado pero al menos está a salvo.

Es un largo camino desde el umbral al altar, la iglesia está repleta de la alta sociedad, todos me miran maravillados, he de verme hermosa en este vestido blanco adornado de perlas, fue confeccionado por 20 costureras. Desde lejos puedo observar a un gran hombre, al acercarme, detallo por primera vez al que será mi esposo por toda la vida. Es tan alto como un roble, lleva puesto el traje típico de los guerreros de Katros.

Una piel de oso pardo sobre los hombros y encima de la toga verde una brillante armadura de bronce, todo esto le da el aspecto tosco característico de su pueblo, tiene las piernas separadas como los hombres que pasan mucho tiempo en su caballo, parece recién salido de una batalla a punto de reclamar su trofeo, o mejor dicho, a la mítica princesa pelirroja.

Sus cejas son gruesas, lleva una barba muy poblada y el cabello negro azabache largo peinado hacia atrás. Su nariz es grande y sus ojos son de un azul profundo, Es el hombre más corpulento que he visto en mi vida, mide al menos dos metros y sus brazos son prominentes y velludos, la toga deja ver sus piernas musculosas.

Su mirada en este momento es seria, como si estuviera tomando una decisión importante, sus labios son pequeños y están tensos. Las palabras del obispo se hacen tediosas hasta el momento que Aldem me pone el anillo, mi mano es una miniatura cuando él la toma, las suyas son amplias y ásperas, tiene callos debido a usar tantas armas, me coloca el anillo con sumo cuidado, es un aro dorado con un diamante rosa. Yo procedo a hacer lo mismo, con un aro liso plateado, sus dedos son robustos y tengo problemas en hacer encajar la sortija hasta que él mismo lo hace.

Nos tomamos de las manos, lo veo a través de mi velo, nuestros ojos se encuentran por primera vez, aunque no es muy expresivo lo noto más que feliz, victorioso, con una mínima sonrisa, como si todo el propósito de la guerra haya sido hacerme su esposa.

—Príncipe Aldem Jerikov ¿Acepta usted a la Princesa Clarissa Ephiranthus como su legítima esposa? —pregunta el obispo.

—Acepto —dice Aldem mirándome a los ojos.

—Princesa Clarissa Ephiranthus ¿acepta usted al Príncipe Aldem Jerikov como su legítimo esposo? —guardo silencio unos segundos, volteo hacia donde está mi madre, ella arquea las cejas, advirtiéndome que no cometa más locuras.

—Acepto.

—Si hay alguien que se oponga, que hable ahora o calle para siempre —dicta el obispo.

La catedral queda en silencio, yo imagino las puertas abriéndose estruendosamente y Lynch entrando en la iglesia gritando “¡Yo me opongo!”. Me toma de la mano para robarme de los brazos del Príncipe Aldem, y escaparnos en un barcos a las Islas Peregrinas. Pero sé que eso no pasará, he aceptado este camino y haré todo para enorgullecer a mi pueblo, honrar a mis padres y satisfacer a mi esposo. Es tiempo de que madure y acepte el destino que llevo marcado desde que nací.

—Si no hay oposición, yo los declaro marido y mujer hasta que la muerte los separe... Príncipe Aldem, puede besar a la novia —sentencia el obispo.

El príncipe me quita el velo blanco y me toma bruscamente de las caderas, estoy apenada. Me besa con sus labios resecos, su boca tiene un ligero sabor a sangre. Todos aplauden y la orquesta vuelve a entonar su melodía nupcial. Afuera de la catedral está todo el pueblo celebrando, tiran granos de trigo y flores a mi paso, la guerra ha terminado y empieza una nueva era de prosperidad para Mersalias.

Me subo al carruaje real con mi nuevo marido, tendremos que cabalgar 12 horas sin escalas para llegar al palacio de Katros, el carruaje tiene una puerta de madera y adentro una banca que aunque está amueblada resulta incómoda pues Aldem ocupa la mayoría del espacio y mi vestido es muy pomposo. Él está tomando ginebra directamente de una botella, aunque yo sea una amante del licor no me ofrece, pues una dama no debe tomar alcohol en otra ocasión que no sea una cena.

Mi madre me había dado instrucciones de qué hacer en la noche de bodas, con muchos eufemismos claro está. No sé qué decirle a Aldem, estoy tan nerviosa

que solamente le sonrío y guardo silencio dentro del carruaje.

Todo el viaje me imagino cómo será mi nueva morada, si me recibirá un lecho lleno de pétalos de rosas y velas y manjares. Pienso en nuestra noche de bodas, y en sus manos de guerrero acariciándome, haciéndome suya. El día es caluroso, el apretado carruaje contiene mi perfume y lo combina con los aceites de su piel. Me empiezo a sentir algo sofocada.

—¿Y qué te pareció la ceremonia? —pregunta. Es lo primero que me ha dicho en el viaje, y lo dice en un tono torpe, como buscando entablar una conversación con una extraña.

—Hermosa —respondo y sonrío.

Me mira, su boca está seca y semi-abierta, unas gotas de sudor corren por su frente, siento el deseo en sus ojos, huelo su instinto animal. Alde m pone su mano sobre mi pierna y comienza a masajearme, yo no hago nada, me quedo inmóvil viendo a la ventana, el silencio crea un ambiente de tensión entre los dos.

—Clarissa, mírame —No le hago caso, me voltea la cara con su mano.

Descubro su miembro erecto sobresaliente, es un pene grueso y venoso con un glande roja e hinchada, el príncipe lo sacude arriba y abajo y me mira como esperando que reaccione, estoy aterrada, el carruaje salta constantemente, el calor se intensifica, Mi corazón se acelera, estoy temblando de nervios y creo que podría desmayarme.

—¿Y bien? ¿Te vas a quedar ahí sin hacer nada?

—No sé qué hacer —miento, como mi madre me indicó. Debo parecer inocente.

—Estoy demasiado caliente ¡Haz algo para remediarlo!

Me acerco temerosa, él jala mi mano y la pone en la base de su pene, es tan grande que no puedo cerrar mi mano, mueve mi brazo arriba y abajo hasta que deja que lo haga por mí misma, abre sus brazos y los apoya en el espaldar de la banca en una actitud relajada. Sacudo su gran pene por un rato hasta que libera un poco de líquido preseminal.

—¡Más rápido! Me ordena.

Ahora lo tomo con ambas manos para que me resulte más fácil, él empieza a

respirar con más fuerza. Pasa sus dedos por mi cuero cabelludo, se siente agradable hasta que jala fuerte un mechón de pelo y tira mi cabeza hacia atrás, me mira.

—¿Qué la perra de tu madre no te enseñó lo que tenías que hacer?

Toma mi cabeza y la choca contra su pene, yo cierro la boca, no quiero su miembro adentro.

—¡Abre la boca maldita perra! —me ordena, tira de mi cabello hasta que grito e introduce su pene.

Me dirige como a una muñeca, tira de mi cabello arriba y abajo repetidas veces, hunde mi cabeza hasta el fondo y siento su glande chocar contra mi garganta, me vienen arcadas pero él no me deja sacármelo.

Las lágrimas brotan, mi mandíbula está totalmente abierta como si tuviera una manzana gigante en la boca, sigue manejándome mientras gime de placer. Yo puedo respirar a duras penas, le doy palmadas en la pierna para que me libere pero él solo tira de mi cabello más fuerte. A momentos se detiene unos segundos y luego vuelve a guiar mi cabeza con rapidez.

—¡Ah! Me voy a correr en tu boca.

Los corceles van más rápidos, entramos en un camino rocoso y el carrusel da brincos, siento cómo Aldem aprieta sus glúteos, deja mi cabeza firme y balancea su cadera velozmente penetrando mi garganta hasta el fondo.

Después de varios minutos se agita, apoya su cabeza hacia atrás y su pene libera un torrente de líquido tibio y espeso, lo siento fluir en toda mi garganta al mismo tiempo que gime y jadea como una bestia, las arcadas se intensifican, por fin me libera pero aún me sostiene del cabello, su semen chorrea por mi boca y mi quijada. Aún tengo mucho de su líquido en la boca y mi impulso es escupirlo, pero él cubre mi boca con su mano y pone mi cabeza hacia atrás.

—¡Traga maldita! —me ordena.

Trago todo su semen, limpio los restos de mis labios y también los trago, es espeso y salado. Él abre mi boca con sus manos para asegurarse que lo he tragado todo.

—Buena chica —dice, me da unas palmadas en la mejilla.

Me limpio las lágrimas de los ojos, me duele la mandíbula y la garganta me arde, su pene tiene un sabor amargo que queda impregnado en mí, mis piernas tiemblan, entrecierro los ojos, estoy a punto de desfallecer. Lo veo y lleva una sonrisa maliciosa, su pene todavía está erecto bajo su vestimenta, lo vuelve a sacar y se estira en el asiento presumiendo su virilidad.

—Cuando despierta la bestia no es fácil hacerlo dormir —ríe.

Si antes estaba asustada ahora estoy aterrorizada, su lujuria parece nunca saciarse y mi cuerpo no está preparado para domar a esta bestia. Se abalanza sobre mí, mete sus manos en mi escote, son demasiado grandes y mi vestido es ajustado pues fue diseñado especialmente para mí.

—¡Maldita sea! —grita.

—Por favor, esperemos a llegar al palacio —le ruego.

—¡Tú harás todo lo que yo quiera princesita! Y ahora quiero follarte.

Con sus manos empieza a rasgar el vestido de seda, las perlas caen en el suelo del carruaje y él estruja mis senos.

—¡Qué ricas tetas que tienes!

Explora los pliegues de mi falda, trata de desnudarme pero no lo logra, el espacio reducido hace cualquier movimiento complicado, Empieza a rasgar mi falda, trata de alcanzar mi vulva mientras maldice. Yo no puedo más, me siento torturada, sin oxígeno, pierdo el conocimiento.

Estoy en una habitación oscura, reconozco las dos antorchas, es el dormitorio de mis pesadillas. Trato de descifrar si estoy dormida o despierta, si lo que me ha pasado ha sido otro mal sueño y todavía no puedo despertar. Llevo puesto un vestido marrón, me duele la cabeza, siento la garganta irritada, veo mis pechos y tengo varios moretones.

Todo ha sido real, esta es la vida que me espera hasta el resto de mis días, debo encontrar una manera de hacerla al menos soportable. Estoy en la habitación matrimonial del palacio de Katros, la cama es alta y tiene un cabezal completamente hecho de oro, todos los muebles de esta habitación son dorados y tienen joyas incrustadas, es un hermoso lugar para un hombre tan tosco. El Príncipe, o mejor dicho, mi marido, entra a la habitación.

—Tendremos un festín esta noche, vendrá una sirvienta a ayudarte a vestirte —se retira.

Su indiferencia es insostenible, me pregunto si me habrá penetrado en el carruaje, no siento dolor en mi pelvis, supongo que al verme desmayada ha tenido compasión, quizás sí haya un rastro de humanidad detrás de la bestia.

El reino de Katros es bastante rural, el castillo que será mi nuevo hogar es de piedra en su totalidad. En el gran salón hay un festín donde me presentan a toda la nobleza katrense, debo aprenderme sus nombres y costumbres ya que en una semana seré coronada reina de Katros.

Aldem está muy entretenido bebiendo cerveza con sus amigos y familiares, mientras yo estoy sentada al otro extremo de la mesa con varias doncellas quienes no dejan de preguntar cosas sobre Mersalias, no tengo ganas de responder, aún me siento abatida. Trato de buscar su mirada pero él está demasiado entretenido para prestarme atención.

—Permítame mostrarle el castillo su majestad —dice la voz de un hombre a mis espaldas.

Es un caballero alto, de cabello rubio largo y barba tupida pero bien recortada, sus ojos son verdes y tiene una sonrisa resplandeciente, lleva un traje azul marino con detalles plateados muy elegante y huele a esencia de abedul.

—Disculpe mi falta de modales Princesa, mi nombre es Darius Trumenski, consejero real de Katros —hace una reverencia.

Se me escapa una pequeña sonrisa, pues es el primer caballero con modales que veo en todo el reino. Caminamos hacia un corredor lleno de retratos de los anteriores monarcas de Katros, Darius me cuenta la historia de cada uno, sus palabras son elocuentes. Nos dirigimos hasta un balcón de donde se puede observar gran parte del reino. Hay luna llena esta noche, el cielo está despejado y lleno de estrellas.

—Cuénteme ¿Qué le parece el reino de Katros?

—Vulgar, sucio, ruidoso —Pienso. No encuentro palabras para maquillar mis pensamientos así que tengo que mentir —. Encantador, es un lugar muy pintoresco que estaré alegre de reinar.

—Veo que la leyenda era cierta —dice el caballero.

—¿Cuál leyenda? —pregunto confundida.

—La que cuenta que la princesa de Mersalias es la mujer más hermosa que ha

nacido en los 7 reinos.

Levanto las cejas en señal de sorpresa, en ese instante Aldem aparece en el balcón.

—¿Qué haces aquí con mi esposa, Darius? —pregunta desconfiado.

—Solo le mostraba el castillo a su Majestad, ya que con el viaje tan agotador no ha tenido tiempo de recorrerlo —Aldem lo mira con seriedad.

—Puedes retirarte Darius —ordena.

Se acerca a mi lado, tiene el cabello despeinado y huele a cerveza ¿Me reprenderá por haberme escabullido con otro hombre? Tengo miedo y mantengo silencio, él mira hacia el paisaje, la luna ilumina su rostro tosco de guerrero que ahora tiene ese brillo producido por la bebida de cebada.

—Espérame en nuestra cama. Voy a darte una lección —dice amenazante. Me quedo callada, lo miro con temor.

—¡A la habitación mujer! —jala mi brazo y me empuja.

Camino en dirección al cuarto, el momento ha llegado, el Príncipe Aldem tomará mi virginidad, aunque tenga miedo hay una emoción extraña corriendo por mi cuerpo, después de esta noche seré una mujer, seré su mujer.

Lavo mi cuerpo con delicadeza, mi madre me dio una fragancia de vainilla y jazmín, la vierto en mi cabello, antes de vestirme me miro al espejo, un escalofrío me recorre todo el cuerpo, me eriza la piel, mis pechos están más redondos y grandes, en el medio de ellos llevo mi collar de ópalo, mis caderas parecen colinas que se alzan en el horizonte.

Quizás al ver los atributos de mi cuerpo Aldem perdone mi pequeño desliz y no me castigue. Me visto con una bata de seda y tul blanco, dejo mi cabello suelto y espero sentada en el borde de la cama. Mis pies tocan el pelaje de un oso negro que está en el suelo como alfombra.

La noche avanza, escucho cómo la fiesta se va desplomando, los músicos se retiran, el silencio comienza a invadir el espacio, la madrugada transcurre y la expectativa no me deja dormir. No aguanto más la espera y bajo hasta el gran salón.

Hay comida tirada por todo el suelo, botellas de vino derramadas y platos rotos, Aldem tiene la cabeza apoyada sobre la mesa y parece estar

dormido, a su lado están dos doncellas que lo abrazan, apenas notan mi presencia huyen corriendo hacia la oscuridad como cucarachas. Los katrenses festejan como salvajes, camino esquivando la inmundicia y me acerco a Aldem, tiene los ojos cerrados, parece que esta noche la fiesta lo ha dejado agotado, me alejo con cautela, he escapado de su amenaza.

—¿A dónde vas mujer? —dice el príncipe. Me congelo.

—Aldem... pensé que dormías.

—Un guerrero siempre duerme con un ojo abierto.

Se levanta de su silla, se acerca a mi lado, toma un tarro de cerveza que está en la mesa, lo bebe todo y tira el recipiente al suelo.

—Cuando los invitados se van ¡Es que empieza la fiesta!

Me toma de las caderas y me alza, muerde mi escote, con sus dientes desgarran la tela y mis pechos quedan en el aire, los besa, lame y muerde con frenesí, estoy exaltada, me ha atrapado como si fuera una liebre y él un león de montaña, sus brazos aprietan fuerte mi espalda como si quisiera reventar mi columna en dos, se me escapa un grito, me alza con un solo brazo en el que apoyo mis nalgas, con su otra mano tira al suelo todos los platos y vasos que aún quedan en la mesa, me tira de golpe, quedo acostada en la madera y él de pie frente a mí.

—¡Aldem!

—¿Qué?

—¡Por favor sé un poco más gentil!

—¿Estás intentando darme órdenes? ¡Nadie le da órdenes al Príncipe de Katros! —me abofetea.

—¡Lo siento Aldem!

—Oh... Sí que lo vas a sentir —se ríe.

Aprieta mis muñecas, me inmoviliza, pasa su rostro por mi mejilla, está roja debido a su golpe, la acaricia con su nariz y suelta una risa, su aliento huele a dulce licor.

—¿A quién le perteneces ahora princesita? —no respondo.

—¡¿Dime a quién le perteneces?! —presiona mis muñecas y las golpea contra

la mes

—¡A ti! ¡Soy tuya Príncipe Aldem!

—Así me gusta, que seas una chica obediente... —en su cara se dibuja una sonrisa tenebrosa.

Mueve su cabeza por mi cabello, aspira el olor con fuerza, baja hasta mis pechos y rasga toda mi ropa sin hacer esfuerzo, quedo totalmente desnuda en la mesa. Cerca de mi cuerpo hay un candelabro aún encendido, Aldem lo toma.

—No te muevas —ordena.

Lo alza con su mano derecha mientras que con la otra mano rodea mi cuello, si así lo deseara podría estrangularme en segundos, el terror eriza mi piel, lo prohibido siempre me ha parecido excitante pero Aldem lleva el peligro hasta un nuevo nivel, mi vida está en sus manos. Soy su posesión.

—Hagamos esto de la manera sencilla Clarissa, si te resistes será más doloroso para ti —me indica, con una mirada maliciosa.

Oprime ligeramente mi cuello, yo empiezo a jadear, inclina el candelabro y la primera gota de cera caliente cae entre mis senos. Gimo, el ardor es doloroso y placentero, arqueo la espalda.

—¡No te muevas! —grita y aprieta mi garganta con más fuerza.

Me cuesta respirar, un chorro de cera cae sobre mi pezón derecho, grito del dolor.

—Shhh... No querrás despertar a los invitados —cubre mi boca.

Esta vez la cera va cayendo por mi estomago en varias gotas, cada una va desdibujando la frontera entre el dolor y el placer, al final Aldem derrama el líquido caliente en mi pubis, y se va endureciendo hasta tocar el borde de mi vulva.

Pasa sus dedos por el extremo de la vela que se derrite llenando sus dedos de cera ardiente y antes de que se enfríe y endurezca empuja sus dedos contra mi vulva y los hunde hasta mis adentro, siento el calor en mí como un incendio que me desgarras, me estremezco, él ahoga mis gritos, hay sangre en su mano.

—Con que sí eres una virgen... Me voy a divertir mucho contigo.

Repite el proceso con la cera, pero esta vez pasa sus dedos por mi clítoris y

los labios de mi feminidad, es más delicado y el calor me enciende, empiezo a humedecerme.

—¿Te gusta? —pregunta.

Asiento con la cabeza, ya que mi boca sigue tapada.

—Entonces te encantará esto...

Toma una manzana de la mesa y la pone en mi boca como una mordaza, aprieta mi clítoris hinchado y deja caer la cera sobre él. Grito y las lágrimas de dolor corren de mis ojos. La única manera posible de que él disfrute es haciéndome sufrir. Escupe sobre mi sexo y hace círculos en mi clítoris, la saliva calma el ardor y me excita.

Abre los labios de mi vulva, introduce su dedo medio hasta el fondo y lo mueve mientras que con su otro dedo presiona mi clítoris de un lado al otro. Estoy sudando, sus movimientos son violentos y mi sexo está sensibilizado por las quemaduras, el dolor es tanto que se convierte en deleite.

Mis piernas comienzan a temblar solas, siento un cosquilleo en mis pezones que corre como un relámpago hasta mis muslos. Me agito, me sacudo y la inminente avalancha de sensaciones me desborda, me corro con sus manos todavía dentro de mí. Quiero gritar y gemir a todo pulmón pero no puedo.

He alcanzado el éxtasis de mis sueños, de mis ojos vuelven a correr lágrimas pero esta vez de placer. Aldem se mira las manos cubiertas de mis fluidos, las huele complacido.

—Nada mejor que el olor al primer orgasmo —dice.

Mi sexo está lastimado, luego del placer siento cómo todo palpita y arde en mis adentros, Aldem retira la manzana de mi boca y le da un mordisco, esta se ha llenado de mis fluidos y eso parece darle un sabor que le gusta. Coloca su otra mano sobre mis labios, llenándolos de mi propia humedad. Lo miro agotada.

—Espero que no te desmayes esta vez, pues todavía tienes que hacerme correr.

—Haré mi mejor esfuerzo... Mi amo— Le susurro, sonrío.

He descifrado su naturaleza, me pondré a sus pies, le haré creer que tiene todo el poder sobre mí y aunque sí lo tenga, por el simple hecho de que soy consciente de eso me coloco un paso más adelante que él. Lo alabaré, lo haré

mi dios personal hasta que me crea tan débil y sumisa que no desconfíe de mí. Y ese momento será su perdición.

El Príncipe me alza, amarro mis piernas a su espalda, lo miro y noto un brillo en sus profundos ojos azules. Camina, me lleva en dirección al dormitorio real, cuando pasamos por el salón veo una figura esconderse entre las columnas, percibo un olor a abedul en el aire que se disuelve en cuanto nos alejamos.

Era Darius, podría distinguir esa esencia a kilómetros, ningún otro katrense huele a abedules. ¿Habrás pasado por casualidad por el salón? ¿O siempre estuvo ahí espiándonos? Me intriga, pero luego pensaré en eso, ahora tengo asuntos más grandes que atender.

Subimos hasta nuestra habitación, él me tiende en la cama, quisiera descansar en este momento pero sé que no me lo permitirá, se quita la ropa frente a mí, la luz de la luna baña su cuerpo de un tono plateado, dándole la apariencia de una criatura mística, su pecho es inmenso, tiene grandes pectorales cubiertos de delgados vellos castaños, su barriga no es plana pero le sienta muy bien con su cuerpo de bárbaro y esos enormes y musculosos brazos torneados por tantas luchas.

Tiene todo el cabello revuelto, su respiración es fuerte y suena como el bufido de un gran animal, se acerca a mí con su miembro erecto y deseoso de penetrarme, gateo en la cama hasta acercarme a su tercera pierna, ahora lo puedo detallar bien, es venoso y circuncidado, su cabeza roja e hinchada sobresale como a punto de estallar. Aldem se arrodilla en la cama, su pene está en toda la altura de mi boca, toma mi cabello con suavidad.

—Por favor, no tires de mi cabello —le suplico.

Sé que lo hará, que no tiene caso rogarle, pero también sé que precisamente eso es lo que lo excita.

—Qué ilusa eres Clarissa... ¡El príncipe Aldem es un hombre sin compasión!

Jala de mi cabello, su pene se sobresalta y golpea mi cara, grito muy fuerte, mucho más de lo que en verdad siento.

—¡Cállate perra!

Mis gritos son sofocados por su gran miembro, esta vez lo aprisiono con mis labios, envuelvo su glande en mi lengua como una serpiente, succiono y hundo

mi cara hasta sentirlo tocar mi laringe, sus bufidos se convierten en gemidos, él guía mi cabeza hasta el fondo, exploro su trasero con mis manos, tiene unas nalgas firmes y redondas, él estira su brazo y con su dedo hace círculos en mi vulva. Saca su pene de mi boca y me da un pequeño beso.

—Lo estás haciendo bien mi princesita.

— Gracias mi amo.

— Lo estas haciendo demasiado bien... —dice en un tono sospechoso. Se levanta de la cama y camina hacia un baúl.

—¿Qué buscas querido?

—Ya verás...

Saca unas pesadas cadenas con candados, alzo las cejas en modo de sorpresa, primero pienso que cerrará la puerta para que nadie nos moleste hasta que se sube a la cama con ellas. Esto se va a poner salvaje, pienso.

—¿Qué harás con eso?

—¡Deja de preguntar mujer!

Se arrodilla arriba de mí, su pene cae entre mis pechos, trato de masturbarlo, toma mi mano con rabia como si no quisiera que lo tocara y la sube hasta el cabezal de la cama. Hace lo mismo con la otra, abre los grilletes y encierra mis muñecas a la cama. Estoy inmóvil.

—¡Eres una zorra! Ahora te trataré como la sucia ramera que eres.

Abre mi boca y coloca su miembro adentro, empieza a mover su cadera con furia, ya sé cómo se siente, lo abrazo con mis labios, hago que se sienta cómodo dentro de mí y que mi saliva lo envuelva, Aldem ve mi cara de placer y yo puedo ver la suya, lo escucho gemir cuanto más rápido agita su cadera.

Saca su pene y comienza a besarme el cuello, sus besos son apretados, muerde y lame mi cuello, yo no paro de gemir, mi respiración se descontrola, deseo tocarlo y besarlo pero no puedo moverme, solo disfrutar por ahora, baja hasta mis senos, siento su barba raspar mis pezones, hace una pinza con sus nudillos y los aprieta hasta que grito, luego los lame con la punta de su lengua y se los pasa entre los dientes.

Va bajando con su lengua por mi estómago, pasa por mi ombligo y lo muerde. Aterrizo en mi vulva, abre los pliegues de mi feminidad y la lame con

movimientos circulares, su barba me produce un cosquilleo y mi sexo se desborda de fluidos, estruja mis pechos como si fueran dos naranjas, intenta penetrarme con su dedo índice, cierro mis piernas porque aún arde, él las abre a la fuerza y me embiste, siento su pene entrar en mí, siento mi vagina abriéndose y adaptándose a este nuevo ser que ahora alberga, me penetra hasta el fondo, de mi boca sale la combinación de un grito y un gemido, mis brazos tiemblan, mis caderas queman.

Su cuerpo choca una y otra vez contra el mío, él ruge, el sudor de su frente cae sobre mí, siento su miembro bombeando dentro de mí cada vez que choca su cadera contra la mía, el ardor se traspasa a cada uno de mis nervios, estoy en llamas.

Cada milímetro de mi piel se eriza, toma mis piernas y las sube a sus hombros, su ritmo se acelera, jadea, su cabello se mueve a todos lados, siento toda su transpiración corriendo por mi cuerpo. Se me nubla la vista, mi vagina estalla de placer, suelto toda mi alma en un grito. He visto el paraíso y está lleno de fuego. Me corro como una cascada.

Él no para de penetrarme, aún no ha alcanzado el orgasmo, me siento demasiado susceptible y me duele cada embestida.

— ¡Detente!

— ¡No!

Me penetra furioso y aprieta mi cuello, aplica fuerza, pierdo la respiración, toso, me está asfixiando, lo intento patear pero él no deja de entrar y salir de mi vagina, no puedo mover mis brazos, trato de sacudirme pero su inmenso cuerpo sobre el mío me paraliza.

—¡Aaaaaahhh!— Grita.

Todos mis músculos se contraen, su torrente corre dentro de mí, siento su miembro estallando cuando él no para de jadear, afloja sus manos de mi cuello y vuelvo a respirar. Ha echado un alarido como si acabara de matar a su contrincante en un campo de batalla. Saca su espada de mi herida, aún erecta. Este hombre jamás se cansa. De mi vagina sale algo de su semen como si hubiera inundado mis adentros.

Es el momento de que me desencadene, dejo caer mis brazos agotados en la cama y suspiro. Me levanto para ir a lavarme, él me detiene.

—¿A dónde crees que vas? No he terminado contigo.

Jala de mi brazo y me lanza en el colchón, esta vez me dispone boca abajo y encadena mis manos de nuevo en la cabecera de la cama. Sube mi cola, roza mis nalgas y las aprieta. Alza su mano para darme una ruidosa nalgada.

—¡Ah!— Grito.

—Te voy a castigar zorrita.

Recibo sus nalgadas y respondo con alaridos, cada una es más dolorosa que la anterior, mi culo debe estar enrojeciéndose, pasa su pene por mis nalgas y roza mi vulva, siento la cabeza de su pene escarbando entre mi sexo, gimo del dolor.

—Aldem, estoy herida, detente por favor...

—Mentira, Yo sé que lo estás disfrutando.

Toma mi cabello entre sus manos y tira de él, arqueo mi cuello, su pene entra hasta el fondo de mi vagina. Es doloroso, es una tortura. Aguanto el dolor esta vez en silencio, Me nalguea mientras balancea su cadera y su pene entra y sale de mi vagina. De repente se detiene.

—¿Qué rayos es esto?!— Pregunta.

Volteo a verlo y sus manos están cubiertas de sangre, la siento correr entre mis piernas. Me descompongo sobre la cama, él se levanta y busca un pañuelo para limpiarse.

—Creo que se me ha pasado la mano contigo eh —dice sarcástico.

No le respondo, el dolor no me permite si quiera pensar.

—Para que te des cuenta que sí tengo compasión, ahora te haré algo diferente.

No entiendo lo que dice, esperaba que la sangre pusiera fin a este acto, pero no. Aldem vuelve a la cama y levanta mi cadera, ensaliva su dedo y lo pasa por mi ano. Siento un frío recorrer mi espalda, tengo ganas de soltar una carcajada, es una sensación única, pero de un segundo a otro me penetra, las cosquillas se convierten en agonía, siento cómo desgarrar mi recto, al principio sus movimientos son lentos y rígidos hasta que me adapto a su miembro gigante y me dilato. Luego aprieta mis caderas y se desliza con rapidez, cada vez que su glánde roja llega hasta el fondo de mi culo la electricidad estalla en mi piel.

Aún sigo sangrando pero a él no le importa, a mi tampoco en realidad, su pene dentro de mi culo ha ocupado toda la atención de mi dolor y placer.

—¡Detente! ¡Me duele! —le pido. Pero en realidad lo estoy disfrutando demasiado.

No me hace caso, se ríe como un maníaco y me penetra más profundo, acelera el compás de su cuerpo, regresa sus manos a mi cuello y me ahorca solo un poco, aprieto mis glúteos, siento su pene vibrar dentro de mí, escucho el bramido de la bestia cuando su semen corre en mi interior, se deja caer en mi espalda y jadea de placer en mi oreja.

Me libera, las sábanas están llenas de fluidos, él las quita y las tira al suelo, se recuesta sobre la alfombra de oso y saca una pipa para fumar un poco de tabaco. Me levanto como puedo, todo mi cuerpo está conmocionado, tiemblo de pies a cabeza, voy a lavarme. Él me mira mientras exhala su humo.

Estoy magullada, tengo moretones en mis muñecas, senos y en mi cuello, mi trasero está rojo la espalda me duele, no puedo caminar con facilidad, pero todavía siento los escalofríos del orgasmo correr por mi cuerpo.

Regreso al cuarto, él está mirando por la ventana, la luz del amanecer muestra su cuerpo desnudo de guerrero, por primera vez veo su largo pene flácido y detallo sus nalgas suculentas, es un hombre imponente y guapo. Me acerco a él y lo abrazo, el cielo ahora se pone naranja, vemos cómo llega un nuevo día sobre el reino de Katros.

—¿Ves todo esto princesa?

—Sí, es hermoso.

—Todo esto será tuyo si eres obediente —dice mientras acaricia mis nalgas.

Es una tierra muy amplia y próspera, de guerreros imbatibles y muchas riquezas, pronto será mi reino, o mejor dicho, nuestro reino. Caigo dormida de inmediato, las escenas junto a Aldem se repiten en mis sueños, sus golpes, sus mordidas, su lengua explorando mi sexo, el calor entrando en mí y esa fragancia de abedules, de repente invade todos los recuerdos, ese enigmático perfume... Veo a Darius espiarnos escondido detrás de una columna, lo veo auscultar la pared de nuestra habitación para escuchar mis gemidos, me excita soñar con sus ojos sobre mi cuerpo desnudo siendo devorado por el Príncipe.

A la mañana siguiente no puedo si quiera levantarme de la cama, estoy adolorida, debo pasar gran parte del día acostada para recuperarme. Me excuso con Aldem por no poder atender mis deberes como princesa.

Él no se ve molesto, de hecho parece regocijado, mi estado es resultado de su virilidad y eso alimenta su ego. Se retira a cabalgar por el bosque, saldrá de exploración con sus caballeros. Tocaban la puerta, me levanto a duras penas y abro. Es Darius.

—Oh princesa ¡Discúlpeme! Pensé que Aldem continuaba en la habitación.

Cierro mi bata de dormir, estoy sonrojada, trato de ocultar todas las marcas en mi piel o al menos disimularlas con mi cabello.

—No se preocupe Darius, él se ha ido hace unos minutos, quizás pueda alcanzarlo.

—Igualmente usted debe saber esta información ¿Puedo pasar?

—Claro, adelante —Darius cierra la puerta cuando pasa.

Su fragancia inunda todo el cuarto, se queda unos segundos en silencio, pasa su mirada por mi cuerpo de una manera sutil, buscando mis pechos entre la transparencia de mi ropa mientras en su mente arma las palabras que me venía a decir.

—¿Qué tenías que decirme Darius?

—Oh, claro... Lo siento princesa, me he distraído... Su su, su coronación.

Está notablemente nervioso, puedo ver como traga grueso, mi presencia lo intimida.

—¿Qué pasa con la coronación?

—Ah... Se ha adelantado, será mañana.

—¿A qué se debe ese cambio?

—La salud de nuestro rey ha empeorado, tuvimos que adelantar la coronación cuanto antes.

—Lo entiendo, gracias por la información. Puede retirarse...

Darius se queda inmóvil, sé que no quiere irse, yo tampoco quiero que se vaya.

—Majestad, permítame el atrevimiento, pero ¿Qué son todas esas marcas en su cuerpo?

No tengo respuesta para eso son las huellas de una noche de pasión y tortura, donde estuve en el cielo y en el infierno al mismo tiempo, estas son las marcas que deja un hombre dominante sobre lo que le pertenece.

—Eso no le incumbe Darius. Por favor retire...—me interrumpe.

—¡Princesa Clarissa! Conozco al Príncipe Aldem, he visto lo que le ha hecho a las doncellas del castillo, es un hombre muy brusco y usted no se merece esa clase de trato.

Darius intenta tomar mi mano, la retiro y le doy la espalda.

—También has visto lo que me ha hecho anoche el Príncipe en el comedor ¿No? —pregunto. Darius se congela.

—¡Responde Darius! —me acerco a él.

—¿Has visto cómo el príncipe me quemaba?

—No, no entiendo de qué me habla.

—Mentira ¡Tú lo has visto todo!

—Princesa, no podía hacer nada al respecto, yo solo pasaba por ahí de casualidad ¡Se lo juro! Pero puedo ayudarla... Conozco la debilidad de Aldem.

¿Aldem? ¿Debilidad? Ese hombre parece invencible, pienso.

—Debe darle una copa de vino, pero no cualquier vino, el de Tierra Santa, es la única bebida que lo emborracha al punto de perder sus facultades.

Ese es mi vino favorito, lo he bebido desde que era una niña, no puedo creer que sea la debilidad de tal bestia.

—Gracias por su consejo Darius.

—Por nada, siempre estaré a sus servicios su alteza —hace una reverencia y camina hasta la puerta.

Cuando está a punto de irse empiezo a perder la noción del tiempo, su fragancia me marea, todo se vuelve borroso y me desmayo... Despierto, estoy en otra habitación mucho más pequeña con una gran claraboya en el techo, tengo un pañuelo tibio en la frente. Mi boca está seca y siento mi cabeza

pesada. Entre mis piernas hay algo húmedo, cuando me inclino a revisar, descubro mi bata llena de sangre.

—¿Darius? —pregunto al aire, no hay nadie alrededor.

De repente entra el caballero con varias hierbas medicinales.

—Darius... ¿Dónde estoy?

—Esta es mi habitación. Clarissa, tenías una fuerte hemorragia, por suerte soy un estudiante de medicina. Si hubiéramos esperado hasta que llegase el doctor probablemente te hubieras desangrado.

—Sí, Es que anoche sufrí un accidente...

—Esto no parece una accidente, la he revisado y está cubierta de moretones y quemaduras.

¿Darius me ha desnudado? Me asombro y me ruborizo.

—Pues tú conoces al Príncipe.

—Parece que ha querido matarla...

—Supongo que es su forma de demostrarme su cariño.

—No Princesa, eso está muy lejos de llamarse cariño. Venga, tome esto para que recupere su energía.

—Me ayuda a sentarme y me da un vaso de un brebaje amargo de hierbas en la boca.

—He preparado un ungüento especial con aceite de menta para tus quemaduras y heridas.

—¿Podrías ayudarme a aplicarlo?

—¿No preferiría que lo hiciera una sirvienta?

—Ellas no tienen conocimiento en medicina Darius.

Me bajo la bata hasta la cintura, cubro mis senos con mi brazos, él toma el ungüento, lo esparce por mi cuello, es frío, se siente agradable, yo cierro los ojos y disfruto de su masaje. Sin darme cuenta dejo descubiertos mis pechos, escucho un suspiro de Darius.

—Darius... ¿Podrías cubrir todas mis quemaduras?

Con suma delicadeza roza mis pezones y las partes de mis senos donde hay

ampollas. El frío me relaja y me genera excitación.

—No entiendo cómo alguien puede hacerle esto a una mujer tan hermosa...

Lo miro a sus ojos verdes mientras él me acaricia los senos, nuestros ojos se encuentran, él sonríe.

—Si yo tuviera una mujer tan majestuosa a mi lado solo la trataría con ternura. Me acerco a su oído y le susurro.

—La tienes ahora mismo a tu lado Darius...

Posa su mano en mi mejilla y me da un beso en la boca, es tan dulce como un pastel, sus labios son suaves y carnosos, cada beso va aumentando la intensidad hasta que nuestras bocas se devoran entre ellas, Darius pasa sus dedos por mi columna suavemente mientras me besa, me tiende en la cama, besa lento y de manera delicada mis moretones, como si de esa manera estuviera curándolos, acaricia mis senos, los mima con su nariz, lame mis pezones y los atrapa con sus labios mientras que su mano se pierde en mi cabello.

—Qué delicioso hueles —dice cuando aspira mi cabello—. Eres un jardín andante, eres toda una criatura celestial, déjame devolverte al cielo...

Suelto una sonrisa, suena tan inocente y adorable. Voy desabrochando su camisa hasta que se la quito, su pecho es un poco lampiño, lo acaricio, paso mis dedos por sus tetillas rosadas y puedo ver cómo se sonroja, bajo mi mano hasta su pubis y palpo su miembro, lo siento palpitar contenido en el pantalón, lo froto arriba y abajo.

Restriego mi cara contra él. Darius me acuesta en su cama, nos besamos lentamente, va bajando por mi cuello dándome delicados besos, pasa a través de mis pechos, baja a mi estomago y me termina de quitar la ropa con cuidado, encuentra mi feminidad toda húmeda y ansiosa de él, la recibe con sus labios.

Toma de nuevo el ungüento lo coloca en sus dedos y recubre mi vulva con él. Gimo excitada, el frío me pone caliente por insensato que parezca. Descubre mi clítoris y hace suaves círculos con sus dedos. Me duele un poco debido a la quemadura, se lo hago saber.

—Ese hombre no te merece Clarissa, es una bestia desalmada.

—No hablemos de él ahora...

Darius lame mi feminidad con gran destreza y cuidado para evitar las áreas sensibles. Me pongo de rodillas y desato su pantalón, su pene rebota erecto, lo acaricio y masturbo un rato hasta que se lubrica todo, está duro como una roca, pruebo su líquido preseminal con mi boca, hundo su miembro hasta el final de mi garganta y lo escucho gemir y retorcerse del placer. Él acaricia mi cabello mientras yo me deleito con su pene.

—Eres la mejor en esto Clarissa —dice.

Me levanta del suelo y me devuelve a la cama, se sube encima de mí y termino de quitarle toda su ropa, toco su espalda y bajo hasta sentir su culo entre mis manos. Con la agilidad de un trapecista se voltea y hunde su cara en mi vulva, mueve su lengua en forma de “s” entre los pliegues de mi feminidad hasta enterrar su lengua en mi vagina.

Yo por otra parte, atajo su miembro en mi boca y dirijo mi cabeza en movimientos verticales, Darius inclina su cabeza hasta llegar más abajo, lame mi ano, gimo incontrolable, mis pezones se endurecen y volteo los ojos cuando él me da pequeños golpes ahí con su habilidosa lengua.

Mientras le doy sexo oral él me lo devuelve al mismo tiempo, nos hemos convertido en un círculo perfecto de placer. Damos una vuelta y ahora soy yo la que está arriba con toda mi vulva recostada en su rostro. Saco su pene de mi boca, está cubierto de saliva y fluidos, me volteo y termino sentada en su cara gimiendo de placer, muevo mi cadera hacia adelante y atrás para sentir su lengua recorrerme, Darius acaricia mi cintura, con sus dedos frota mis pezones.

—¿Te gusta? —pregunto. Está con los ojos cerrados comiendo de mi sexo.

—Mmmhmmm —responde afirmativo y placentero.

Lo masturbo mientras doy brincos sobresu boca, él juega con mi clítoris y me saborea al mismo tiempo. Empiezo a sudar, aumento el movimiento de mis caderas, jadeo más y más rápido hasta que me corro en toda su cara.

— ¡Ah! Qué delicia Princesa —dice complacido.

—¡Te quiero dentro de mí Darius!

Me levanto, intento tomar su pene e introducirlo en mis adentros.

—Princesa, no podemos hacerlo, la hemorragia volverá.

Me quita de sus caderas y se abalanza sobre mí besándome, sus caricias me hacen saber que todo está bien, que él no necesita penetrarme para disfrutar, que es más importante que yo me sienta bien y goce de esta experiencia. Bajo hasta su pene, lo masturbo, con mi boca lo consiento llenándolo de besos y lamidas. Pruebo sus testículos mientras sacudo su pene.

—Me voy a correr Clarissa— Dice gimiendo.

—Hazlo en mi cara Darius.

Jadea incesante cuando todo su semen caliente aterriza en mi rostro.

—¡Oh! Dame más Darius— Le pido mientras sigo recibiendo toda su leche espesa como un regalo

Cuando ya ha cesado de eyacular, admira su obra de arte pintada en mi cara por unos segundos, luego busca un pañuelo y me limpia cuidadosamente para después darme un beso. Nos acostamos frente a frente, él repasa todo mi cuerpo con su mirada, yo lo admiro, es delgado con un abdomen definido y su piel tiene un tono oliva, un camino de vellos nace en su pecho y recorre sus abdominales hasta desembocar en su pubis.

Lo recorro con mis dedos, él me acaricia, su mirada es tan cálida que derrite mi alma, nos besamos lentamente cada tanto. Me acuesto encima de él, me abraza y juega con mi cabello. Nuestras piernas se entrelazan, no necesitamos palabras para comunicarnos, nuestros cuerpos hablan el mismo lenguaje.

Quisiera pasar todo el día junto a él, regalándonos besos y caricias, pero Aldem debe estar por llegar en cualquier momento. Entramos juntos a la bañera y nos enjabonamos para borrar cualquier rastro de esta aventura. Antes de vestirme Darius pasa una flor azul por todo mi cuerpo para esparcir su olor en mí. Nos besamos apasionadamente por última vez. Cuando estoy a punto de salir de su habitación me detienen sus palabras.

—Su alteza... Siempre estaré aquí para servirle —huele la flor que ahora tiene mi olor encapsulado.

—Gracias Darius... Eres de mucha ayuda —le sonrío y me retiro.

Me escabullo por el palacio, llego a la habitación matrimonial y todavía no hay rastro de Aldem, dejo la bata ensangrentada encima de la cama como

muestra de las torturas que me ha aplicado, aunque conociéndolo seguro verá mi sangre como su trofeo.

Me cambio de ropa, el olor de Darius todavía persiste en mi memoria, como también el sabor de sus labios y la sensación de sus caricias. Ahora que lo pienso Aldem jamás me ha acariciado, ni siquiera me ha besado de la manera en que Darius lo acaba de hacer. Debo ser cautelosa con esta aventura pues mi marido es un hombre sin compasión, lo asesinaría sin dudarlo al enterarse y no quiero imaginar qué haría conmigo.

Después de varias horas llega de su exploración, ha cazado varios venados con sus caballeros. Voy hasta el jardín a recibirlo, está eufórico con sus compañeros de caza despellejando al animal.

—¿Te has enterado? Mañana será la coronación.

—Sí, Darius me ha avisado apenas llegué ¡Esta noche habrá otra celebración!
—pasa un cuchillo por la garganta del animal y todos los caballeros gritan emocionados.

—Querido, siento decirte que no me encuentro apta para celebrar.

Aldem me toma por el brazo y me susurra al oído.

—Tú harás lo que yo quiera y si hoy quiero celebrar, celebraremos, ahora ve arriba y arréglate un poco, colócate esa esencia de jazmín en el cabello y espera a que la fiesta empiece.

Ha notado el perfume que uso, me sorprende. Subo de nuevo a la habitación, entro en la bañera, el agua tiene un color rojizo, aún estoy sangrando, me coloco un vestido vinotinto con fondo dorado, perfume mi cabello, lo dejo suelto, llevo una pequeña tiara con esmeraldas y saco mi ópalo a relucir.

—Oh Lynch ¿Dónde estarás en estos momentos? —digo para mí misma.

Espero que mi padre haya cumplido su palabra y esté libre de nuevo en el reino, quisiera enviarle una carta pero no conozco su dirección. Tomo pluma y papel, comienzo a escribirle, le digo que no se preocupe por mí, que estoy bien, que amo a mi esposo y que tengo una buena vida, aunque esto sea mentira.

A pesar de que su plan tenía todas las de fallar yo me hubiera aventurado con él con gusto, pero así es el destino, solo le pido que sea lo más feliz que pueda sin mí, yo intentaré hacer lo mismo, espero que encuentre una

mujer hermosa, que le dedique poemas y que cumpla todos sus sueños a su lado.

Aldem entra a la habitación, tengo algo que decirle.

—Querido ¿Puedes venir un momento? —lo llevo hasta donde está mi bata ensangrentada.

Toma la bata, la examina y huele la sangre con placer.

—¿Qué quieres que haga con tu sangre mensual?

—No, no es mi sangre mensual, es mucho más abundante ¿No te das cuenta? Estoy lastimada, no puedo celebrar contigo.

—¡Jajaja! ¿Llamas a esto estar lastimada? Tú no sabes lo que es dolor hasta que una espada te atraviesa las costillas, solo mira esto.

Sube su ropa para mostrarme una herida en el costado de su estómago cosida con hilo.

—Esto me lo ha hecho ese maldito venado esta tarde y no me vez lloriqueando por todos lados.

—Pero, pero ¡Yo no soy una guerrera!

Él se ríe, se acerca y me toma por la cintura, su nariz roza mi rostro, me mira con seducción y me susurra.

—Atrévete a decir que no disfrutaste anoche... ¡Dímelo! Quiero escucharlo de tu boca.

Guardo un silencio cómplice. Él se regocija.

—¡Esta noche hay fiesta! Ya lo he dicho, con sangre o sin sangre, pero no te preocupes, si así lo deseas no te haré el amor —le sonrío, me da una nalgada fuerte y aprieta mis glúteos.

Cae la noche, los invitados se reúnen alrededor de la mesa, esta vez yo me siento en la cabecera junto a Aldem, hay un banquete, todos comen del venado que ha cazado mi marido, él alardea sobre cómo mató a la gran bestia.

Al fondo de la mesa está sentado Darius, quien está callado, nuestros ojos se encuentran, atravesando todo el espacio. Me sonrío, desde aquí siento su perfume, pero ahora también detallo el olor de su piel, y recuerdo su semen cayendo sobre mi cara. Cierro mis ojos y suspiro. Darius se levanta de la silla

e interrumpe al Príncipe.

—Quisiera proponer un brindis —alza la copa, todos guardan silencio, se levantan y lo imitan.

—Por nuestros próximos reyes Aldem y Clarissa, por que su amor dure por toda la vida y su reinado sea de prosperidad y paz para todo Katros ¡Salud!

Todos chocan sus copas y lanzan expresiones de felicidad, el licor chorrea por la mesa. Al sentarnos de nuevo noto en su cara una sonrisa pícara. Me sonrojo y bebo de mi copa. La música suena y los invitados se levantan a bailar y aplaudir, Aldem y yo nos quedamos en la mesa, Darius se acerca a nosotros.

—Su alteza, si no le importa, debemos repasar el itinerario de mañana —le dice a Aldem.

—¿¡Qué rayos me interesa a mí el itinerario?! Lo único que necesito ahora es beber, cantar y follarme a una bella dama —estruja mis senos delante de él, bajo la cara en señal de pena.

—Un buen rey se caracteriza por ser ordenador y responsable mi señor.

—¿Estás insinuando que no sé cómo reinar? —pregunta molesto— ¡Vete antes de que te rompa la cara!

Darius no parece asustado, lo mira directo a los ojos y aprieta el puño, la tensión crece entre ellos, están a punto de empezar una pelea.

—Cariño, Darius es el consejero real, simplemente está haciendo su trabajo —trato de calmarlo.

—Sí, es cierto... Perdóname Darius, léeme la agenda de mañana.

Darius despliega un pergamino y comienza a narrar las actividades planificadas para la coronación, Aldem lo escucha desinteresado, parece no notar lo pero es la primera vez que ha seguido mis órdenes. La noche prosigue, la fiesta llega a su punto de ebullición donde todos están bailando alegres y borrachos.

—¿Me permite esta pieza su majestad? —pregunta Darius haciendo una reverencia. Le correspondo.

Bailamos al ritmo de la música folklórica de Katros, me toma de la cintura y me da vueltas graciosamente, es un gran bailarín que me guía ligera entre sus brazos al son del arpa y los violines. Busco con la mirada a Aldem, seguro

debe estar enojado pero no lo encuentro entre la multitud.

La canción termina y una ronda de aplausos inunda el salón, la agrupación musical se retira, los invitados vuelven a sus carrozas. Voy a la mesa del comedor, Aldem no está. No lo encuentro por los pasillos del castillo ni en los jardines.

—¿Has visto a Aldem? —le pregunto a una joven sirvienta, ella se ríe y no responde.

No comprendo lo que sucede, es como si me estuviera jugando una broma, subo hasta la habitación. Trato de abrir la puerta pero está cerrada.

—¡Aldem! Sé que estás ahí ¡Ábreme!.

Me abre la puerta, está desnudo y sudado con una sonrisa descarada.

—Adelante mi amor.

Cuando entro descubro dos doncellas completamente desnudas en mi cama, son feas y gordas y se ríen como locas.

—¿Quieres unirme a la fiesta? ¿O todavía estás adolorida?

No respondo, no puedo creer lo que mis ojos están mirando. Aldem vuelve a la cama, las doncellas se pelean por lamer su miembro, él mete sus dedos entre sus vulvas y gime de placer. Estoy horrorizada, cierro la puerta y me largo llorando. Subo hasta la habitación de Darius.

—Darius... Te necesito —digo a la puerta.

Él la abre, ya se encuentra en su ropa de dormir, apenas me deja pasar caigo en sus brazos.

—¿Qué pasa Clarissa, por qué lloras?

—Aldem... ¡Es un maldito!

Limpia mi rostro, me acaricia y me resguarda entre sus brazos.

—¿Qué ha hecho ese desgraciado esta vez?

—Como le he dicho que estoy malherida... ¡Se ha acostado con dos zorras en nuestra cama!

—Él no te merece, pero siempre que yo esté aquí en el castillo te daré todo el amor que él te niega.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche?

—Por supuesto, partirás antes del amanecer para que nadie se de cuenta.

De repente siento una punzada terrible en mi vientre, me retuerzo del dolor. Darius me ayuda a sentarme, prepara un brebaje con unas flores azules y leche.

—Toma esto, te hará sentir mejor.

Nos acostamos en su cama, me recuesto sobre su pecho, él acaricia mi cabello.

—Por favor, prométeme que jamás te iras de mi lado.

—Tendrían que matarme primero para que me alejara de ti Clarissa, este lugar es tanto mío como de Aldem.

—¿A qué te refieres?

—Yo soy el siguiente en la corona si algún día Aldem fallece. En mis venas corre sangre real.

—No lo sabía ¿Por qué has permitido que Aldem te trate de esa manera?

—Aldem es bruto, lo sé, pero es como mi hermano, aguantarme sus arranques me ha permitido influir en grandes decisiones del reino, digamos que soy la mente que mantiene este sitio en su lugar

Lo escucho sorprendida, Darius es todo lo contrario a Aldem, cambiamos de posición y posa su cabeza en mis pechos, lo mimo como si fuera un pequeño niño durmiendo entre mis brazos, juego con su cabello y acaricio su barba. Sin duda Darius es el hombre más inteligente del reino, Aldem el más fuerte, juntos son la fuerza perfecta para gobernar y yo estoy acostándome con ambos.

—Darius... La noche está muy calurosa.

—¡Oh! Cierta Princesa —se levanta para darme mi espacio.

—No, no dejes de abrazarme, solo ve y abre la ventana.

—Claro.

Cuando vuelve a la cama yo me he liberado de mi vestido, estoy desnuda y dispuesta a hacerle el amor. Darius se sorprende pero no tarda en tirarse a mi lado y empezar a besar todo mi cuerpo. Lo ayudo a desnudarse, nuestros cuerpos se anudan, beso su cuello, sus tetillas, su pecho hasta llegar a su miembro. Lo devoro con pasión y lo escucho gemir de placer.

Me preparo para cabalgarlo, me siento lentamente sobre él, duele, pero me encanta, él me ayuda con sus manos en mi cadera, cuando llega hasta el fondo, comienzo a gemir. Darius se bambolea contra mí, yo voy marcando el ritmo con mi cadera, me muevo encontrando el punto perfecto donde su miembro toque mis nervios.

Acelero, él me sigue, jadeamos, maneja mis senos con suavidad, los aprieta a momentos para excitarme aún más. Se abalanza contra mí y apoya mis piernas en sus hombros, se acerca, nos besamos, devora mi boca mientras sigue dentro de mí, una y otra vez entra y sale, me derrito de placer.

Darius cierra los ojos, nuestros labios se unen temblorosos por sus embestidas. Lo siento venir, nuestros cuerpos vibran al mismo tiempo, gemimos y nos corremos juntos en una coordinación perfecta.

Espero que nadie nos haya oído, pienso. Pero recuerdo que Aldem también tiene compañía esta noche y la verdad no me importa. Pasamos toda la noche abrazados, entre besos y caricias alcanzamos el éxtasis varias veces hasta que el sangrado vuelve. Darius me da más del medicamento, no me importaría morirme desangrada si fuera en los brazos de este hombre.

La mañana siguiente es la coronación, antes de la gran ceremonia me reúno con mi padre en un salón.

—Clarissa ¡Te he extrañado mucho!

—Yo también padre —me abraza, los saludos cordiales terminan pronto—
¿Lynch y Odette están bien?

—Por supuesto, te he traído esto como evidencia —me entrega una cesta, al abrirla encuentro pan de oréganos. Lo pruebo, definitivamente es la receta de Odette.

En el fondo de la cesta hay una nota, es la caligrafía de Lynch, la reconozco, se lee “Princesa Clarissa, he vuelto al reino de Mersalias”. El resto está roto, como si alguien hubiera censurado su mensaje.

—Necesito que le entregues esto padre —le doy la carta sellada que escribí ayer.

Sé que la abrirá y probablemente nunca llegue a sus manos o en el mejor de los casos leerá una versión rota. Pero es mejor que quedarme como si nada hubiese pasado. Me despido de mi padre, ahora es mi madre quien entra a

saludarme.

—¿Cómo estás Clarissa?

—Perfecta.

—No me intentes engañar, te conozco mejor de lo que crees.

La miro, lleva ese semblante de superioridad que siempre la ha identificado.

—¿Acaso te importa lo que yo sienta? ¿Te ha importado alguna vez en tu vida?

—¡Claro! Tú eres la víctima ¿No te avergüenza querer darme lástima? Eres una princesa, desde que naciste tu destino era casarte con un hombre extraño para el bien de tu reino ¿Crees que yo tuve opción? Es el precio que paga una sangre azul.

—Madre, es más horrible de lo que te puedas imaginar. Aldem es un demonio hecho humano.

—Lo sé, todos los katrenses son iguales. Pero resiste hija, después de la ceremonia tendrás en tus manos todas las riquezas de este reino.

—¡No quiero nada de eso si significa tener que vivir con una bestia como marido!

—Te entiendo Clarissa, pero tienes que ver más allá del panorama... Cuando muera, tú serás la monarca absoluta de todo esto y los reinos de Katros y Mersalias serán uno solo. Ese ha sido el plan todo este tiempo, solo que tú eres muy inocente para darte cuenta.

Mi madre camina por el salón asegurándose de que no haya nadie escuchándonos, se acerca a mí, habla en voz baja, casi susurrándome, toca el ópalo que cuelga de mi cuello.

—Esto, esto no es una joya... Es un pequeño recipiente de vidrio... Contiene un veneno rápido y letal, tan imperceptible que podrías ponerlo en una taza de té y no sentirías diferencia en su sabor. Debes envenenar a Aldem, pero debes ser paciente o su muerte parecerá demasiado sospechosa. Una vez muerto los Ephiranthus tendremos el control de este reino ¡Seremos ricos e invencibles!

Los ojos de mi madre brillan con la codicia de una serpiente, mi piel se eriza de miedo. Soy una pieza más de esta guerra interminable, soy la pieza más importante de hecho, un caballero silencioso que no pelea en el campo de batalla sino que duerme con el enemigo.

—Tienes una misión. Espero que la cumplas, todo nuestro futuro depende de ti.

—Lo entiendo madre, no los decepcionaré.

De vuelta en la ceremonia el viejo rey de Katros coloca en mi cabeza una pesada corona de oro llena de rubíes, me siento en mi trono al lado de Aldem, todos nuestros súbditos se arrodillan a nuestros pies. Suenan gloriosas trompetas, vislumbro a Darius parado detrás de una columna fumando pipa, es el único que no se arrodilla. Luego de la ceremonia nos reunimos en una mesa redonda con los caballeros de más alto rango para atender los asuntos del reino.

—¿Cual será su primer decreto mi Reina? —pregunta Darius.

—Quiero a Loreena, Mikayla y a la sirvienta Rossan en el calabozo —digo decidida. Todos los caballeros me miran extrañados.

—¡No puedes hacer eso! —grita Aldem dando un golpe a la mesa.

—Claro que puedo, ahora soy la reina y tengo tanto poder como tú. Mientras esté reinando en el castillo no vivirá otra mujer que no sea yo —Aldem se ve pensativo y sonrío.

—Pues que así sea.

—Lleven a esas zorras al calabozo —ordenó.

Me sorprende el cambio de opinión de Aldem ¿Desahogará toda su lujuria y rabia en la cama conmigo? ¡Como sea! Ya no tengo miedo, Darius es mi aliado, conozco el punto débil de mi marido y su vida está ahora en mis manos. Los caballeros y Darius se retiran a cumplir nuestras órdenes.

—¿Por qué has castigado a esas chicas? —pregunta Aldem.

—¿Todavía te lo preguntas? Son unas descaradas. Las he visto rodeándote como ratas hambrientas desde el día que llegué aquí. No aceptaré esa insolencia.

—Estás celosa.

—¿Celosa? Soy la reina de Katros, soy la mujer más bella de los 7 reinos, todas las mujeres me envidian. Si yo no puedo hacerte el amor nadie lo hará ¿Me escuchas? Nadie. Eres mío Aldem.

Se acerca a mí, me mira desafiante, me toma por la cintura.

—Lo único que quieres es que te rompa la vagina a ti sola, eres una perra egoísta —se retira.

Entro a la habitación, enciendo unas velas aromáticas, cambio mi pesado vestido de ceremonias por una bata ligera y transparente. Abro una botella de vino de Tierra Santa, rozo mi collar azul... Hoy le daré una velada especial a mi Rey. Aldem abre la puerta, me acerco seductora hacia él, pongo mi mano en su cuello y lo miro, me observa con una mirada tierna.

Me besa, su lengua masajea mi boca, me toma de las caderas y me carga sin problemas, sus besos se prolongan y me excitan. Nunca me había besado de esta manera. Me apoya contra la pared y me besa el cuello lentamente, huele mi cabello.

—Mi jazmín, hueles delicioso— Me susurra.

Antes de irnos a la cama le ofrezco una copa de vino, la bebe y sus ojos se entrecierran. Me monto en sus caderas, me desnuda. Siento sus manos relajadas, sus brazos ya no están tensos. Juega con mis pechos mientras explora mi clítoris. Me acuesta en la cama y hunde sus labios en mi sexo.

Lo hace con dureza pero ternura al mismo tiempo, su propósito ya no es torturarme sino darme placer. Mi vulva se dilata y se humedece en su boca, siento su glande rozarme, hace pequeños círculos con él mientras acaricia mis pezones. Me penetra lentamente, deja caer su cuerpo sobre el mío y empieza a balancearse. Yo gimo de placer, su inmenso pene activa todos mis nervios, hace que sude de inmediato.

Rasguño su espalda, él muerde mis labios suavemente mientras me va penetrando. Lo cabalga, muevo mis caderas sobre su miembro, me apodero de él. Desliza su dedo en mi clítoris hasta ponerlo muy hinchado. Me acuesto sobre él sin dejar de menearme, muda su dedo a mi ano y lo penetra. Nos besamos, nuestras lenguas bailan juntas mientras yo lo embisto y él explora mi culo.

—¿Lo quieres ahí mi reina?— Me pregunta al oído.

—¡Sí!

Sube mi cadera y yo hundo mi cara en una almohada. Aldem abre mis nalgas, pasa su lengua por los labios de mi vulva hasta mi ano, dibuja círculos en él, gimo como loca. Introduce un dedo ensalivado, ahora dos, masajea mi esfínter, me retuerzo de placer, después siento su glande entrando, luego las venas de su

pene hasta que choca su cadera contra mis nalgas y libera un gemido.

Busca mi clítoris y lo estimula al mismo tiempo que sus embestidas se vuelven intensas y profundas. Arqueo mi espalda buscando más placer. Acelera, su glande choca con el fondo de mi culo sin piedad, me sigue embistiendo, lo oigo jadear, siento sus piernas temblando, toda la cama se mueve junto a sus movimientos.

Me penetra, hace explotar mi clítoris y tira de mi cabello al mismo tiempo. Suelto un grito y me corro como una cascada. A los segundos su miembro estalla en mi culo, se le escapa un gemido ruidoso y cae encima de mí.

Las sábanas están llenas de sangre, pero el placer valió la pena. Me recuesto sobre su gran pecho, es tan acogedor, sus vellos son tibios. Él me abraza y mima mi cuerpo.

—Lo siento —dice.

—¿Por qué te disculpas?

—Por tratarte tan mal estos días. Perdóname, sé que no merezco tu perdón.

—Haz sido un verdadero monstruo.

—Lo se Clarissa, me he desquitado contigo cuando tú nunca has tenido nada que ver con la guerra entre nuestros reinos, hacerte daño era la única manera de lastimar a tu padre... Cuando nos casamos sabía que no me amabas, que lo que hacías era por obediencia, para mí eras simplemente la hija de mi enemigo, pero hoy... Hoy demostraste que te importo al encerrar en el calabozo a las doncellas, demostraste que me quieres, que sientes algo por mí más allá del odio y me siento tan terrible por no haberme dado cuenta antes... Clarissa, permíteme comenzar de nuevo contigo.

Sus palabras me hacen llorar, no puedo creer que dentro de ese cuerpo de bárbaro exista un corazón puro.

—Te perdono Aldem.

—Quiero aprender a amarte Clarissa. Te prometo que cambiaré y solo recibirás amor de mi parte.

Nos besamos, Aldem se acuesta de un lado y rodea mi pequeño cuerpo con el suyo, siento su pene dormido entre mis nalgas y en medio de la noche se

endurece, como si tuviera un sueño erótico. Como un sonámbulo toma mi cuerpo, aprieta mis senos y humedece mi clítoris con sus dedos ensalivados, pasa su lengua por mi lóbulo, me eriza la piel, de repente está penetrándome, casi inmóvil. Recibo sus embestidas lentas pero profundas y nos corremos una vez más.

Me despierta un olor familiar, abro los ojos, Aldem me ha traído a la cama mi desayuno favorito. Pan de orégano y queso de cabra. Comemos juntos entre besos y cariños.

—Te amo...—Dice mirándome como un bobo mientras estoy comiendo.

—¡Te amo!— Grita como si ese fuera su grito de guerra. El sonido retumba por todo el castillo. Yo me río y lo beso.

Luego del desayuno no me siento nada bien, estoy muy pálida y débil. Aldem va hasta el pueblo a buscar al medico real. Yo pienso que un poco de lectura me haría sentir mejor, voy hasta la biblioteca, camino entre los estantes hasta encontrar La Íliada, el libro favorito de Lynch. Lo tomo y a su lado hay un título que llama mi atención “Plantas venenosas del reino de Katros”.

Lo abro, hojeo las páginas llenas de ilustraciones, de repente me encuentro con una flor azul, me parece conocida, leo la descripción “Aganisia Anagre o la orquídea de hielo. Se caracteriza por hacer que las heridas nunca sanen, si es consumida muchas veces provoca la muerte de los órganos internos”. Me acerco a detallar la ilustración y percibo una fragancia en particular ¡Abedul! Dejo caer el libro sorprendida.

Ese es el perfume de Darius, en mi mente todo cobra sentido. La flor es la que él cultiva en su habitación, la que me ha estado dando desde que me desmayé en sus brazos. No he estado mejorando, todo lo contrario, me está matando lentamente. Estoy temblando, las lágrimas corren por mis ojos.

No puedo creer que todo lo que creía de Darius era mentira. Pero no es una locura pensarlo, si me asesina a mí y luego a Aldem ¡La corona caería directo en su cabeza! Así se apoderaría del reino de Katros sin dejar sospechas.

Quizás también conozca la agenda oculta de mi madre para acabar con Aldem y se esté aprovechando de mi terrible relación con él para que siga su plan. En algo sí fue sincero Darius, él es la mente maestra de este reino y ha movido todos los hilos a su favor ¿Qué debo hacer? Aunque ahora esté en

buenos términos con Aldem no puedo contarle todo lo que ha sucedido entre Darius y yo. Desesperada rozo mi collar...

Escribo una carta y la guardo. Bajo hasta el calabozo, hablo con las doncellas, les ofrezco su libertad a cambio de su ayuda.

—Si se atreven a delatarme las decapitaré yo misma —las amenazo.

Me dirijo a la mesa redonda donde se encuentra Darius solitario, trabajando en los nuevos decretos del reino.

—Darius, querido... ¿Podrías llevarme un poco de tu brebaje a mi habitación? Me siento terrible.

—Por supuesto mi Reina.

—Prometo que habrá recompensa...

En la habitación cierro todas las cortinas para asegurarme que nadie husmee desde afuera, lavo mi piel pero no me coloco ninguna fragancia. El cuarto queda hundido en una penumbra, preparo una copa de vino, me quito el collar y vierto su contenido en ella, se vuelve muy espeso. Tocan la puerta, abro, es Darius como esperaba. Me da un vaso con la supuesta medicina, finjo beberla y la coloco en una mesa. Lo envuelvo con mis brazos y lo beso.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo hasta que el medico llegue —lo tiro de un empujón a la cama.

Empiezo a desnudarme a sus ojos haciendo una danza hipnotizante, acaricio mis senos, paso mis dedos por mi vulva y revuelvo mi cabello. Estoy sobre la alfombra de oso, los pelos del animal me dan escalofríos, siento como si todo esto ya lo hubiera vivido antes.

—¿Te apetece una copa de vino?

—Claro que sí querida —me sonrío, sus ojos están sedientos, su cuerpo me desea, puedo verlo estrujar su bulto al verme desnuda moviéndome como una serpiente.

—Pues, ven a tomarla... —alzo la copa y la dejo caer entre mis pezones, el líquido baja espeso hasta mi feminidad.

Darius se acerca gateando en la cama, lame mi pezón, gimo como si estuviera excitada, su lengua recorre todo el camino que marcó la bebida hasta que llega a mi vulva, él la besa, arqueo la espalda como señal de placer.

Luego sube hasta mi boca e intenta besarme, aparto la cara, lo tiro en la cama, bajo sus pantalones, acaricio su pene y lo sacudo de arriba a abajo, lo encierro en mi boca y bajo hasta que penetra mi garganta, me concentro en satisfacerlo esperando que el veneno surta efecto. Lo escucho jadear, acaricia mi cabeza y la hunde.

Lo masturbo rápido, gime más y más, su pulso se acelera, sus piernas se contraen, emite unos gruñidos, su miembro palpita, se corre con presión en mi mano. Los gemidos pasan a ser quejidos, tose, lo escucho ahogarse, limpio mi mano en su piel. Subo hasta ver la saliva azul saliendo de su boca, sus manos tiemblan y da patadas compulsivas. Sigue consciente, pero no por mucho.

—La reina Clarissa no es la pieza de nadie.

Sus ojos se ponen blancos y da un último suspiro. Adiós Darius, te metiste con la reina equivocada.

—¡Rossan! Necesito algo de limpieza— Llamo desde el resquicio de la puerta.

Las chicas entran y cubren el cadáver con una sábana, lo meten en un saco y lo llevan hasta su habitación, he dado instrucciones de que coloquen la copa de vino sobre sus manos, y la nota junto a las orquídeas venenosas.

Anteriormente escribí una carta suicida donde explica que Darius se ha envenenado por estar profundamente enamorado de mí, al saber que nuestro amor será imposible ha preferido la muerte. Seguro Aldem pensará que tuvimos un amorío, quizás se lo confiese, quizás no. Son pequeños detalles sin importancia.

Me acuesto en mi cama y me duermo, pretendo que he estado descansando todo este tiempo, que la enfermedad no me permite moverme de la cama.

Imagino el cuerpo de Aldem sobre el mío, sus besos, su miembro entrando en mi sexo, cuando no es un torturador resulta ser el mejor amante del mundo. Mi madre estará molesta cuando se entere que no cumpliré sus planes... Repaso el mapa de Katros en mi mente, tengo el poder sobre un reino amplio y valeroso. Con mi instinto de mujer y la brutalidad de Aldem dirigiremos a Katros a la gloria máxima. Seremos tan grandes que cuando el sol salga en un extremo del reino ya será de noche en el otro.

Cuando recupere todas mis fuerzas invadiremos Mersalias. Porque Clarissa

Ephiranthus no es un peón, ni una torre, Clarissa es la maestra de este juego.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor deja una review del mismo (no tardas ni 15 segundos, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo pueda seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[— Comedia Erótica y Humor —](#)

[J * did@ - mente Erótica](#)

[BDSM : Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A

pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma

de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.